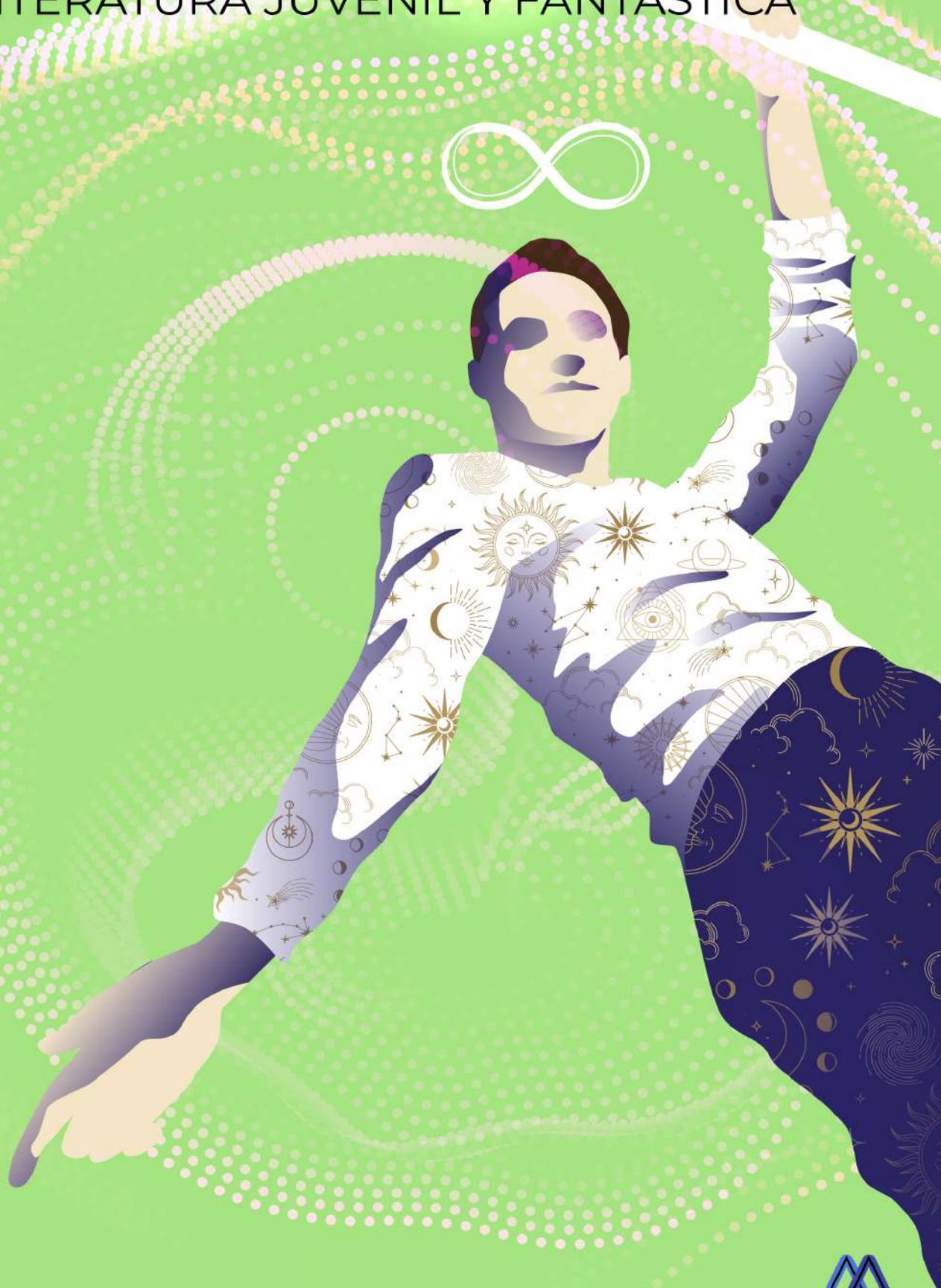


REVISTA

PRISMĀ

LITERATURA JUVENIL Y FANTÁSTICA

NÚM. 1 FEBRERO 2022



CONTENIDO

5

EDITORIAL

9

EL TRAJE DEL HÉROE

21

EL LEGADO DE LADÓN

35

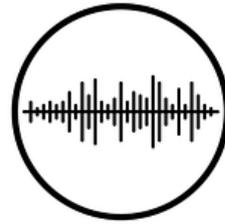
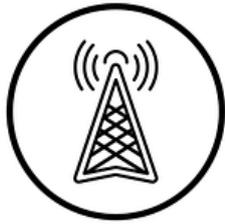
EL PRIMERO

45

ASÍ HA DE SER

58

ENTREVISTA



BE

EL

SU

VO

LU

MEN

REVISTA PRISMA

EDITORIAL

CONSEJO EDITORIAL MARLI BROSGEN

SUBIR EL VOLUMEN

NÚMERO 1, FEBRERO 2022

PRISMA,
MÁS ALLÁ
DE LA FANTASÍA
Y LA FICCIÓN

La primera vez que escuchamos la expresión «subir el volumen» fue en una reunión con cargos públicos y representantes de diferentes partidos políticos. Les estábamos intentando convencer de lo necesario que era que hubiera una mejora en las inversiones en materia cultural, sobre todo entre las personas más jóvenes. En ese espacio nos respondieron como si un tema no conseguía «estar presente, tener más volumen» no alcanzaría la masa crítica suficiente para ser incluido en la agenda política, más allá de los típicos eslóganes y gestos que no eran, sino, un eterno «más de lo mismo» para quienes pretendemos cambiar las cosas.

Porque se trata de eso, para eso estamos aquí, porque no nos gusta lo que vemos y queremos cambiarlo. Pero los arreglos no se empiezan por el tejado. Necesitamos hacer una profunda reflexión sobre los problemas de base que tenemos como parte del sector cultural. ¿Cuáles son las necesidades nunca cubiertas de nuestros artistas? ¿Cuáles las de nuestros jóvenes? ¿Qué disfunciones tiene el sistema actual que afectan a los colectivos vulnerables? ¿Qué podemos ofrecer nosotros, desde nuestra posición como agentes del sector? Y, una vez vistos los problemas, lo que necesitamos es precisamente indicarlo, subrayarlo, gritarlo.

Durante esta pandemia que ha durado, y dura, tanto y que está provocando un sinfín de cambios en nuestra sociedad, no podemos sino señalar la importancia de, aún inmersos en ella, hacer justo eso: subir el volumen. ¿De qué? De la Cultura. Con mayúsculas.

Y no de la cultura cómoda, sino de la cultura que sueña con un futuro mejor. De la cultura de quienes han sido invisibilizados y acallados. Porque esta es una de nuestras primeras reivindicaciones.

En este 2022 desde la Fundación Marli Brosgen en colaboración con otras entidades, plataformas y grupos de acción en múltiples partes del año queremos que la gente se dé cuenta de lo enorme e importante que es, en realidad, la ciencia ficción, la literatura fantástica y el conjunto de la producción narrativa en Español. No solo por su capacidad de abrir las mentes a nuevos mundos y nuevas sensibilidades, sino porque nos

da pie a una reflexión profunda sobre nuestro devenir como sociedad y, sobre todo, hacia dónde nos lleva.

Hacer soñar a la gente, en tiempos de polarización y disenso, de ruido, es difícil. Hacer llegar a los oídos de quienes más lo necesitan un mensaje claro de esperanza, entre la cacofonía actual de contradicciones puede parecer una quimera. Que lo dicho tenga sentido, quizá se nos antoje más que complejo, imposible. Pero no deja de ser necesario. Más que nunca.

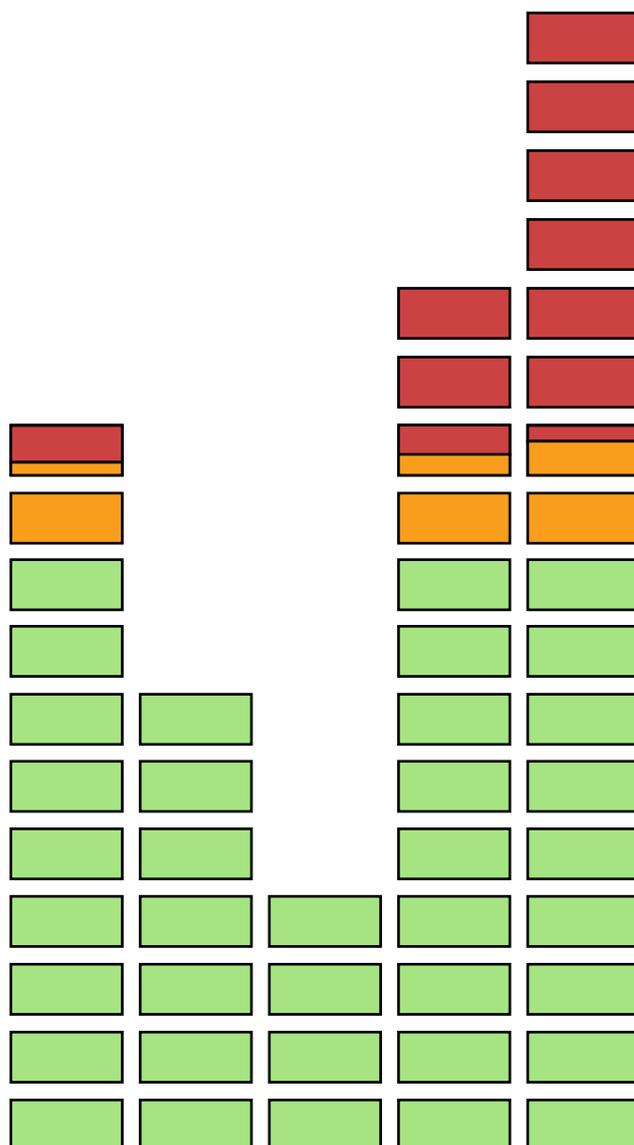
Este año vamos a seguir «subiendo el volumen» a autores/as noveles y a reconocer a quienes, desde su espacio más consolidado, hacen posible que se siga produciendo una literatura necesaria desde el género de la fantasía y la ciencia ficción. Queremos seguir «subiendo el volumen» a todos aquellos que han visto difícil escuchar su propia voz dentro de la marabunta de las redes sociales o la lucha no ya por conseguir una oportunidad en el mundo editorial, sino por la propia supervivencia. A todos aquellos que se han visto en esa dicotomía fatal entre el poder seguir sus pasiones y pagar sus facturas, y muy especialmente a los que se han visto atropellados por los privilegios de otros. Aquellos cuyas posibilidades se han visto mermadas por pertenecer a unos u otros colectivos en riesgo. Es por ello que, en este número, vamos a hablar de la ambición mal entendida y la falta de empatía de quienes, por acumular poder, acaban, literalmente, perdiéndolo todo. Esta es una lección que nos gustaría que entendiera nuestra sociedad. El hecho de que nos necesitamos unos a otros para seguir avanzando, y que nuestras relaciones no deben basarse en el poder y la avaricia del mismo, sino en la solidaridad y la ayuda mutua. Nuestros relatos cuentan historias sobre quienes se aprovechan de su posición para acaparar y hacer imposible que otros puedan tener opciones de futuro, pero también sobre personas que hacen lo posible para evitar precisamente ese tipo de porvenir distópico al que nos arrastrarían sus planes.

Gracias por acompañarnos en esta andadura que sigue los pasos de tantas otras compañeras. Recuerda, leer nos hace libres, soñar, imparables. Así que sueña y haz lo que quieras.

CONSEJO EDITORIAL
Revista Prisma
Editorial Marli Brosgen



QUEREMOS QUE SE ESCUCHE LA IMPORTANCIA DE LA CIENCIA FICCIÓN Y DE LA LITERATURA FANTÁSTICA



1

RELATO UNO

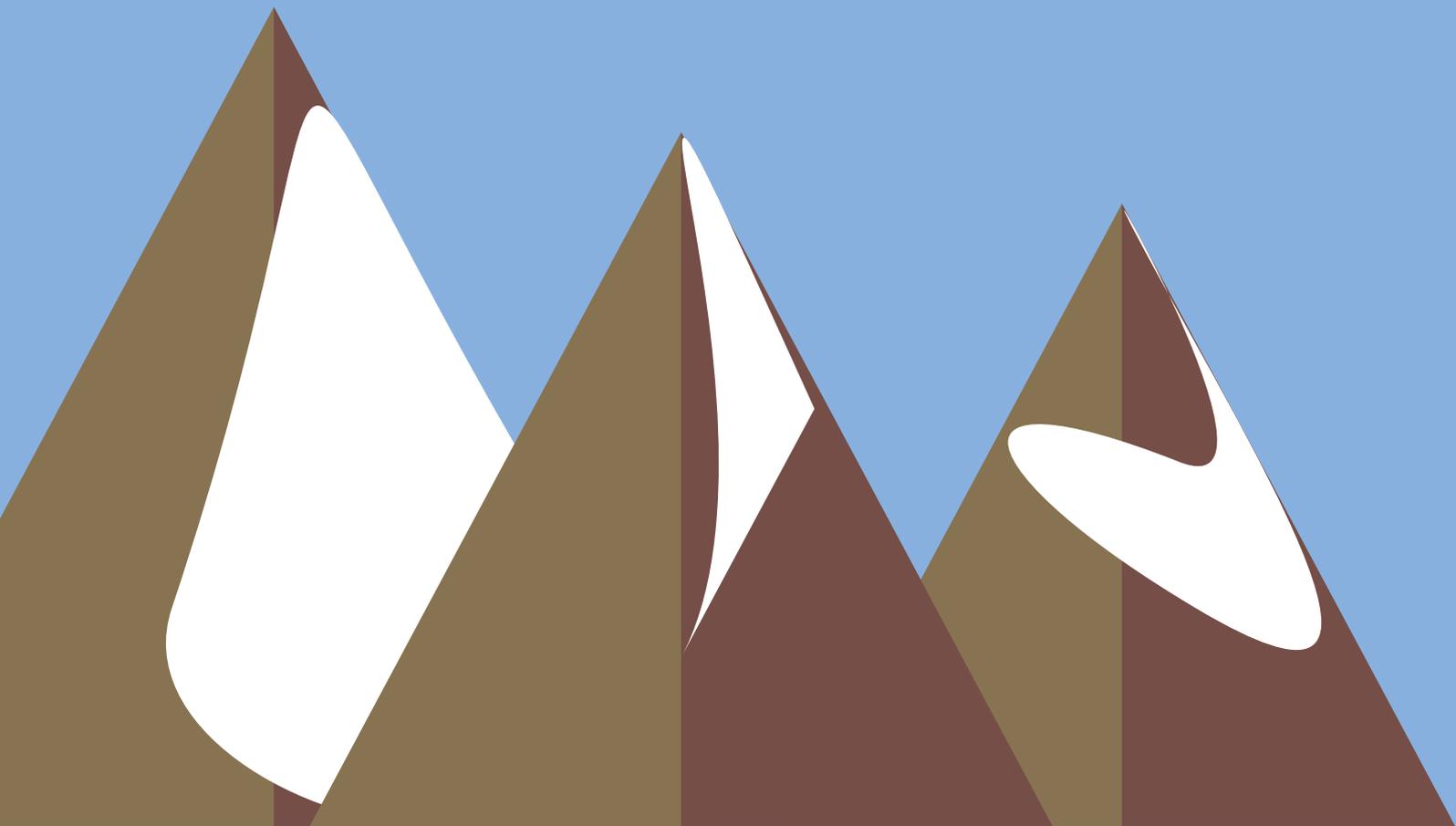
EL TRAJE DEL HÉROE

SOFÍA RHEI

SOFÍA RHEI (MADRID, 1978) ES ESCRITORA DE GÉNEROS ESPECULATIVOS Y POESÍA EXPERIMENTAL. COLECCIONA SEMILLAS Y PIEZAS DE LEGO. ESCRIBE PARA NIÑOS (*EL JOVEN MORIARTY, OLIVIA SHAKESPEARE*), PARA JÓVENES (*FLORES DE SOMBRA, LA CALLE ANDERSEN*), Y PARA ADULTOS (*RÓNDOLA, EL BOSQUE PROFUNDO, NEWROPIA*). HA RECIBIDO LOS PREMIOS JAVIER EGEA, CELSIUS, SPIRIT OF DEDICATION, DWARF STARS, LA MENCIÓN DEL BANCO DEL LIBRO DE VENEZUELA Y HA SIDO INCLUIDA EN EL CATÁLOGO WHITE RAVENS.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



De Riteris suspiró al comprobar que solo tenía tres personas por delante. Con la cola de la Ruleta siempre le sucedía lo mismo: le daba tanta pereza aguardar turno como ansiedad le producía realizar la tirada. No sabía qué era peor, si la espera interminable o lo poco atractivo de las Tareas.

Aún tenía el rostro cubierto de acné, pero había probado suerte más veces que muchos de los que andaban por allí. Por una parte, jamás había tenido que perder el tiempo en eso que se conoce como «ganarse la vida»; por otra, contaba con un presupuesto ilimitado para tiradas, consecuencia de los deseos paternos de contar con un héroe en la familia. ¿Acaso alguien le había preguntado alguna vez qué deseaba?, se planteaba melancólicamente mientras arrastraba los pies hacia ese sino circular y azaroso que le había tocado.

La Ruleta de Dondürme podía otorgar Tareas, que era lo que todo el mundo quería, o Recompensas, la mayor parte tonterías sin valor. Repartía más de las últimas que de las primeras. A la grutesca con armadura de roca que estaba dos puestos por delante le salió la compañía de un bardo para que la acompañara en su siguiente misión, y se quedó tan contenta. Para De Riteris habría sido una pesadilla. Ya era bastante molesto sacarles los ojos urticantes a miriápodos mastodónticos como para, encima, estar impecable con objeto de salir bien en la balada. No, gracias.

Con un poco de suerte, recibiría una Recompensa cutre, como un venerable consejo, un acolchado de casco o una funda parcialmente incorruptible para pociones. Y entonces le tocaría ponerse de nuevo a la cola, y se aburriría como un ciprés de cementerio durante otra endemana hasta que le volviera a tocar turno, pero no tendría que irse a recorrer el continente para matar piojos gigantes de vete a saber qué cabeza sagrada o desencantar los cangrejos de un arroyo hechizado. Con un poco de mala suerte, sin embargo, que era el tipo de suerte que solía tener él, le tocaría una Tarea complicadísima con la que podría acabar muerto de una encentena de maneras creativas. A cuál más dolorosa.

Al íncubo que tenía inmediatamente delante le tocó perseguir una serpiente marina, y fue objeto de chanzas que lo dejaron bastante apagado. Y entonces le llegó el turno a De Riteris. Los giradores ya lo conocían, y lo saludaron con una inclinación de cabeza solo moderadamente burlona. Después de tres años de

esperar turnos, por fin había conseguido deshacerse de los moteos relativos a su edad y condición, como el «repeinado» o el «pollo pera». Y, para un paladín, había pocas cosas más arriesgadas que un mote asentado en caso de toparse con un rumpelstún demasiado listo. Uno de ellos podría hacer que incluso el más seguro de los héroes se olvidara de su nombre y se convirtiera en todo aquello que significara el apodo.

El joven paladín pagó la tirada y respiró hondo: cada vez que la Ruleta giraba para él, el corazón le daba un desagradable vuelco. La inmensa rueda de piedra giró y giró, dejándose caer con todo su peso en la dirección del destino. En fin, pronto se acabaría la incertidumbre.

Salieron tres tiradas gratis.

De Riteris puso los ojos en blanco. Ahora tendría que sufrir esa incómoda sensación tres veces seguidas, pero es que, además, según las reglas de la Ruleta, si por un corte de manga del destino salían Tareas, tendría que llevarlas a cabo seguidas, una tras otra, antes de volver a probar suerte.

La cola protestó por el retraso. El paladín no se tomó, siquiera, la molestia de girarse. A una parte de él le habría encantado desgañitarse asegurando que a nadie le molestaba más la triple tirada que a él, y que de buena gana le cedería el puesto a cualquiera. Pero, ¿de qué serviría quedarse a gusto? Sería patético y ridículo a partes iguales. La gente no tiene tendencia a empatizar con quienes solo saben qué es un problema económico porque los han oído mencionar en baladas.

En la primera tirada salieron unas palabras antídoto que sólo valían contra un veneno al que ya era inmune porque le había picado el escorpión correspondiente, y que de todas maneras ya conocía porque venían en todos los manuales.

En la segunda, le tocó la asistencia de un solo uso de un demonio, un leguleyo capaz de resolver discusiones y debates, útil en el improbable caso de tropezar con un hechicero confusionista o semejante. Había que acomodarlo en la mochila hasta que resultara útil, pero no ocupaba demasiado espacio. Venía con un bono de jurisprudencia de regalo.

Otro aspirante a héroe sin ganas de serlo se habría sentido aliviado por lo inofensivas que habían sido las tiradas. Y De Riteris sabía las bastantes matemáticas para ser consciente de que en la última era igualmente probable que le saliera un premio insignificante, y sin embargo... odiaba el número tres, tan cargado de expectación, del peso de los refranes, los cuentos y las baladas. Dos errores o dos pruebas, y después,

por fin, el héroe se supera a sí mismo y sale victorioso. «A la tercera va la vencida».

Ante de que se resolviera, De Riteris cerró los ojos.

La Ruleta se detuvo un interminable segundo en la casilla que prometía la mano de una heredera de la casa Espínster para, por fin, asentarse en la siguiente: «El Traje del Héroe». De Riteris había oído hablar del Traje del Héroe, una vestimenta legendaria que permitía enfrentarse a las Tareas con un elevado índice de éxito, la manera elegante de decir que reducía el riesgo de palmarla. Sin embargo, por algún motivo siempre había pensado que se trataba de una leyenda.

Un murmullo de admiración y envidia acompañó la solemne entrega de... la Recompensa, supuso De Riteris. El paladín recibió un grueso Manual de Instrucciones. Era la primera vez que le daban algo semejante.

—Y pensar que la próxima vez que os vea portaréis, nada menos, que el Traje del Héroe... —dijo, orgullosa, la entregadora—. Dicen que quien lo vista podrá llevar a cabo cualquier Tarea.

—¿De verdad me tengo que leer esto? —preguntó él.

—Por lo visto sí —le dijo ella, dando a entender de manera no verbal que se compadecía de él.

Entre felicitaciones y conatos de venta ambulante, De Riteris se abrió camino de regreso a la pensión. Necesitaba estar solo para pensar. Quizá fuera por lo apabullado que le habían dejado los sucesivos sustos, pero tuvo la sensación de que una presencia ominosa lo seguía desde la Ruleta. Por si acaso, dio un par de rodeos antes de entrar en la pensión.

Una vez allí, pidió que le subieran la cena y se dispuso a empollarse el dichoso Manual. Se suponía que había ganado una Recompensa, y de las valiosas. ¿Por qué tantas páginas?

Entre mordisco y mordisco a un emparedado de liebre reseca, el estudio del Manual le llevó varias horas. No daba crédito a lo pomposo y alambicado de la redacción y los excesos ornamentales de la caligrafía. Concluyó que no era más que una hoja de ruta para encontrar el camino hasta el taller del sastre que debía confeccionar el traje, nada más. El lugar estaba lejos y parecía de difícil acceso, pero, ¿un libro entero para detallar los pormenores del camino? Una gentileza tan innecesaria le resultaba sospechosa. De Riteris buscó sin éxito runas ocultas o maldiciones camufladas en las florituras, claro que no era ningún experto. No podía evitar la sensación de que allí pasaba algo que escapaba a

sus entendederas. Decidió partir al alba, siguiendo la tradición del paladín, y quitárselo de encima cuanto antes. Al hacer la mochila, se topó con el leguleyo, que miró de reojo cada bolsillo.

—Conozco mis derechos laborales y no me daré por satisfecho con menos de un compartimento para mi uso exclusivo.

Con un suspiro, De Riteris desalojó los calcetines de invierno y se resignó a abandonarlos en la papelera. Los echaría de menos.

—De todas formas, puedes acomodarte donde quieras.

Con un suspiro de resignación, se dispuso a descansar lo mejor posible.



Aún no había asomado el sol cuando el paladín azuzó a su caballo, Jumento, emprendiendo el camino. Aún no había llegado muy lejos, todavía atravesaba el campo de nabos de las afueras de Dondürme, cuando empezó a sospechar que un jinete lo estaba siguiendo. Aceleró el paso, provocando un bufido de Jumento, que no era amante de los esfuerzos.

Sin embargo, el caballo que iba detrás sí que parecía serlo, y no tardó en darles alcance. El jinete, de rostro embozado, enarbolaba una lanza y trató de derribar a De Riteris. Este desenvainó la espada con el instinto que tantas veces le había salvado.

Se produjo un choque tan rápido que apenas le dio tiempo a enterarse. El adolescente salió indemne por los pelos, debido al carácter conservador de Jumento y a su determinación de que, si alguien tenía que acabar en el suelo, desde luego, no sería él. Quizá no fuera la montura más veloz, pero sin duda era una de las más estables.

El jinete rival, desde el polvoriento camino, hacía esfuerzos por recuperar el aliento. Era obvio que se había dado un buen golpe. No parecía un contrincante corpulento ni amenazador, lo que lo convertía en el tipo de contrincante preferido de De Riteris.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le increpó al jinete. No iba a molestarse en hablarle de vos a un asaltante.

Este se descubrió el rostro. ¡Era una mujer!, y no una mujer cualquiera, sino una de las paladinas más conocidas de todo el continente: Resonja de Monterrojo. La había visto alguna vez en la Ruleta.

—Quería robarte el Manual de Instrucciones. Pensaba que un jovencuelo tan enclenque como tú sería más

fácil de desvalijar.

De Riteris no comprendía nada. Era la primera vez que trataban de robarle algo que no fuera de oro.

—Pero, si tanto quieres esa Recompensa, ¿por qué no me la compras? Te la vendo más que encantado si me haces un contrato oficial.

—Las Recompensas que llevan Manual no pueden venderse. Se supone que son intransferibles.

Ella sacudió la cabeza con pesadumbre. De Riteris seguía perplejo.

—¿Para qué quieres el dichoso traje ese? Ir a buscarlo es más es una molestia de marca mayor que otra cosa. Si no me exigieran el certificado de recogida para probar suerte de nuevo, ni siquiera me molestaría...

La ayudó a levantarse, y se sorprendió del porte de la Paladina una vez erguida. Resultaba imponente de cerca, y estaba cabreada.

—¡Mira por dónde sale el señorito Coliflor! ¡Tienes algo a lo que muy pocos tienen acceso, ¿y te darías el lujo de rechazarlo?

De Riteris suspiró. Estaba harto de que dieran por supuesto que su vida era estupenda.

—Ninguna mujer ha llevado nunca el Traje del Héroe —le explicó ella—. Jamás, desde tiempos inmemoriales. Es como si solo los hombres tuvieran derecho a ser héroes, ¿sabes?

—Pero si hay muchas paladinas, y guerreras... y amazonas

—Ya. Pero, ¿cuántas han ganado el Torneo de Almusabaca? ¿A cuántas han seleccionado para la Mesa Rondola? ¿De cuántas se escriben baladas...

De Riteris abrió la boca para responder. Precisamente la endemana anterior había escuchado una balada sobre Resonja.

—...que no mencionen nuestros turgentes pechos?

El paladín cerró la boca.

—Nunca me había parado a pensarlo —se disculpó.

—Pues claro que no. Esas cosas son invisibles si no te afectan. ¿Cuántos tienes, vinduno?

—Onséis.

—Vaya, te he juzgado por la mirada y no por la piel. Tienes ojos de haber visto muchas cosas, a pesar de que no le has dado ningún repaso visual a mis turgencias.

Él tragó saliva. Quizá debería dar repasos visuales de esos a las mujeres, aunque solo fuera por disimular. O quizá no, ya tenía bastantes obligaciones.

—Hagamos una cosa —propuso ella, acostumbrada a llevar la iniciativa—: déjame acompañarte en calidad

de escudera. Así podré conocer desde dentro los requisitos para hacerse con el Traje, para, quizá, algún día, conseguir uno.

—¿Cómo va a ser escudera una paladina tan experimentada? Si acaso el escudero debería ser yo.

—No va contra las reglas.

Ella lo miró, expectante.

—No, supongo que no. Y un poco de compañía siempre se agradece. Pero, ¿y si cuando consiga el Traje de marras resulta que solo puede haber un héroe que lo lleve en cada momento?

—Ya veremos qué se nos ocurre. No estoy tan loca como para matar a un crío por unos trapos, por molones que sean.

De Riteris sacudió la cabeza.

—Venga, acepto el trato. Sinceramente, todo esto del Traje me ha dado mala espina desde el principio. Solo quiero el dichoso recibo.

La paladina se lo quedó mirando.

—No eres como los demás. No eres violento ni ambicioso ni petulante. ¿Qué haces frecuentando la Ruleta?

—Tenemos mucho camino por delante. Seguro que te lo acabaré contando.



Siguiendo las instrucciones del librito, recorrieron la estepa de Ishtpepp, donde tuvieron que pegarse con una pandilla de erizontes en busca de gresca. Desde allí se dirigieron a Trastúrmer, lugar conocido por sus agresivos espantapájaros; consiguieron atravesar vivos el cañón de Girikhata y las Praderas Cenicientas de Fraxinella, con sus molestas urracas robaarmaduras, y allí tomaron un barco para la isla de Kojima. Entre palizas a asaltantes, contratiempos surtidos y el motín a bordo les dio tiempo, efectivamente, a hablar de muchas cosas. De Riteris le preguntó por qué iba tan poco a la Ruleta, y ella le contestó que prefería buscarse sus propios retos. Él le explicó por qué se sentía obligado a llevar la vida que su padre había elegido para él. Ella le preguntó por qué no escapaba y buscaba otro destino, él le contó que no se veía capaz de imaginar otra vida y que al menos en esa estaba claro lo que tenía que hacer.

Cuando por fin llegaron a la diminuta isla cubierta de hierba, había un solo edificio, excesivamente ornamentado, que trataba de aparentar la máxima alcurnia. Les abrió la puerta un mayordomo excesivamente ornamentado que trataba de aparentar la máxima alcurnia.

—¡Bienvenido, paladín! —saludó el mayordomo nada

más verlos.

A De Riteris no se le escapó que, a pesar de que ella le triplicaba la edad, el mayordomo no había considerado ni por un momento que el paladín pudiera ser mujer.

—Haced el honor de seguirme a la Sastrería Real de la familia Shivach. Permitidme que os ofrezca un refrigerio mientras me ocupo de vuestro equipaje y completamos las formalidades.

Mientras De Riteris le mostraba al mayordomo el resguardo de la Ruleta y el Manual de Instrucciones, bebieron un té de hierbas y unas galletas verdes que parecían estar compuestas exactamente de lo mismo.

Cuando el mayordomo anunció que el sastre lo recibiría, en lugar de acompañarlo, se limitó a explicarle cómo llegar hasta el despacho, y desapareció enseguida.

—¿No es un poco raro ese mayordomo? —susurró Resonja mientras ascendían tortuosas escalinatas tapizadas.

—Todo en este lugar me da mala espina. Claro, que en general casi todo me la da.

—Pero no eres un cobarde. Menudos mandobles le zurraste al forajido faÿr; no le daba tiempo ni a desaparecer.

—Era lo que tocaba —respondió, mientras se encogía de hombros.



Si los paladines pensaban que el palacete estaba densamente adornado, tuvieron que recalibrar sus consideraciones al entrar en el despacho del señor Shivach. No había una sola pulgada que no albergara una condecoración, medalla, o diploma enmarcado en oro. El sastre salió de detrás de un biombo exótico. Llevaba un atuendo de terciopelo policromado y un sombrero que parecía la tarta más complicada del mundo.

—¡Permitid que me presente! Soy el actual sastre de la isla de Kojima, heredero de una larguísima tradición de los más esmerados artesanos del vestir.

—Pero es usted el mismo que el mayordomo —se sorprendió Resonja.

El sastre se quedó bloqueado, como si no pudiera responder a una mujer. De Riteris tuvo que repetir la pregunta, y solo entonces el sastre respondió.

—No me gusta la compañía —se limitó a explicar—. ¡Dejad que os enseñe el árbol genealógico de mi

estirpe!

El señor Shivach descorrió un telón mostrando un laberinto de retratos enmarcados, todos de hombres. Cada uno llevaba debajo nombre y logros, acerca de los cuales el sastre se extendió copiosamente. De Riteris y Resonja cruzaron una mirada tomándose a chota las estrategias reproductivas de la familia.

—Y ahora —anunció el sastre—, caballero De Riteris, supongo que preferiréis que vuestra escudera no esté presente cuando os desvele el traje. Son cosas de hombres, al fin y al cabo.

—¿Por qué no iba a estar presente? No tenéis ni idea de quién es, ¿verdad? Con todas las baladas que hay sobre ella...

—Aquí no llegan las baladas.

El sastre arrugó la nariz, incrédulo, y volvió a preguntarle con la mirada a De Riteris si no prefería echarla.

—No veo la necesidad —zanjó el paladín.

El sastre suspiró, se recolocó el sombrero, y trató de recobrar la actitud ceremoniosa. Otro telón se abrió, dejando a la vista un traje de cuero azulado, con botas y guantes de color pardo, idéntico al que vestían la mayor parte de los guerreros, paladines y soldados de fortuna.

—Pero... es un traje igual a todos —susurró De Riteris.

—¡Porque lo han copiado, por supuesto! ¡Pero este es el original, el verdadero! ¡Se nota en la calidad de las costuras, en el tacto de las pieles!

Mientras el sastre se explayaba, De Riteris no se podía creer que todo fuera tan fácil: si el traje ya estaba listo, bastaría con recogerlo y largarse de allí. Él conseguiría el recibo de haber completado la Tarea, y respecto al traje... que se lo quedara Resonja si tanto lo quería.

—Es un traje excelente, sin duda —intervino el paladín cuando, por fin, terminó de hablar—. Será un honor llevarlo. Cantaré sus excelencias, y si lo desea, repartiré tarjetas de visita. ¿Podéis envolverlo?

Las aletas nasales del sastre se abrieron de par en par, horrorizadas.

—¡Este no es vuestro traje! ¡Es un modelo de muestra! ¡Cada Traje debe ser confeccionado escrupulosamente a medida de cada Héroe!

«Acabáramos», pensó, desanimado, De Riteris. Había hecho bien en desconfiar de la buena suerte. Allí olía a gato encerrado.

—De otro modo no funcionaría —explicó el sastre—. Además, cada caballero debe conseguir personalmente

los materiales para confeccionar la prenda.

—¿Y cuáles son esos? —preguntó De Riteris, sabiendo que no le iba a gustar la respuesta.

—Deberéis ir a Luogho, en Dritte, y encontrar a una tarrasca de cuero azulado, derrotarla en singular combate y despellejarla antes de que se le cuaje la sangre. Después tendréis que llegar hasta la torre del hechicero Varazslo, en Kolmansien, y convencerlo para que hechice la piel y la vuelva invulnerable. Con la piel se confeccionará la mayor parte del traje una vez regreséis. Habréis de ir hasta los páramos de Kanive, de nuevo en Dritte, y cazar una endecena de ocastras cornudas, de cuyas cornamentas se tallarán los botones. A continuación, deberéis escalar la montaña de lija de Mauna y recoger un puñado de flores de escaracha, cuyas espinas son lo único que sirve para coser el cuero de tarrasca, y, de paso, recolectar tres vientres cargados de seda de arañas rabiosas de Pok. Para eso antes hay que matarlas, y no se suelen dejar; lo mejor es lanzar flechas, pero si les dais en el abdomen, la seda se derrama, de modo que es necesario acertarles en el diminuto tórax.

—¿Algo más? —preguntó, irónicamente, De Riteris.

—Poca cosa —respondió el sastre, sin ironía—. Viajar hasta el monasterio de Kalaustri, levantar la estatua del dios Taallo y recoger su ancestral deposición almidonada, imprescindible para la adecuada elasticidad de los guantes. Y luego... esquilan un carnero salvaje de Ramadia, dar en la Diana Sagrada de Taragete y conseguir el medallón que conceden de premio, necesario para rematar el casco, conseguir una manzana invisible del árbol irascible de los confines de Kolonfi, necesaria para el seguro del cinturón, y, por último, pero no por ello menos importante, pelar a espada una de las patatas monstruosas de Frenchifry.

—¿Y cuánto calculáis que se tarda en hacer todo esto?

—No menos de seis meses. Suponiendo, desde luego, que sobreviváis.



Después de que el mayordomo los agasajara con una sopa de hierba y un puré igualmente verdoso, ya a solas en sus aposentos, Resonja reflexionó:

—Una prueba de lucha cuerpo a cuerpo, una de astucia, una de velocidad, una de resistencia, una de arquería, una de fuerza bruta, una de inmovilización, una de puntería, una de búsqueda y una de espada. Diez en total

—Estas cosas siempre van de once en once. Suena a que hay algo que el señor sastre se ha dejado en el tintero.

—Sí. El caso es que cualquiera que pudiera superar todas esas pruebas sería la leche. Creo que en este caso no es precisamente el traje lo que hace al héroe. Supongo que la lógica es que, si alguien es capaz de realizar todas las tareas, el entrenamiento le habrá convertido en uno de los mejores paladines posibles.

—Odio las Recompensas que en realidad son Tareas.

—Ojalá pudiera cumplirlas yo en tu lugar. El mero hecho de que alguien piense que por ser mujer no puedo enfrentarme a todas esas cosas me da unas ganas de hacerlas ...

Algo carraspeó desde la mochila de De Riteris.

—Te suena el equipaje —observó Resonja.

—¡El leguleyo! Me había olvidado por completo de él.

—Suele suceder —respondió el leguleyo.

—¿Quieres comer algo? ¿Por qué no habías dicho nada?

—Me he ido zampando lo poco que he encontrado, gracias. Y ya he visto lo que se zampa por ahí, antes muerto que comer nada verde. Los de mi especie debemos nuestro lustroso color bermellón a una alimentación cromáticamente equilibrada. He sobrevivido con lo poco que he encontrado.

De Riteris entonó un pésame interior por sus calzoncillos rojos preferidos.

—¿Y qué farfullabas? —preguntó Resonja, apresurándose a cubrir su cabello pelirrojo bajo un pañuelo.

—No puedo decirlo y por eso no lo he dicho. Se supone que a los leguleyos solo nos conciernen las cuestiones de enfrentamiento o combate.

—¿Quieres decir que hay algo que te gustaría decir pero no puedes? —preguntó el paladín.

—Para eso sirven los carraspeos —explicó él, pacientemente.

De Riteris trató de recordar de qué estaban hablando antes de que el diablillo los sobresaltara.

—¿Qué estábamos diciendo? —dijo Resonja.

—No me acuerdo...

—Sí, hombre, estábamos con eso de que conseguir los materiales en realidad era como entrenarse... y luego tú dijiste que...

Ambos paladines se miraron, recibiendo la iluminación en el mismo instante.

—¡Odio las Recompensas que en realidad son Tareas!
—proclamaron al unísono.

El leguleyo asintió con un suspiro.

—Ya era hora. Paladín, ¿deseas gastar tu bono de jurisprudencia en esta cuestión?

—¡Desde luego!

—Pues toma nota: resolución del ontrés de Celesto, junta plenaria de la Tabla Róndola...

El diablillo les habló de un caso en el cual se había determinado que la búsqueda de «El traje del héroe» en realidad debía ser considerada como Tarea tras la reclamación póstuma de la viuda de un candidato, ya que eso le daba derecho a pensión.

—¡Excelentes noticias!— dijo Resonja—. Con ese precedente, nada nos impide hacer un contrato de compraventa de la Tarea. Y por fin podrás librarte de este marrón.

—No te dejaré sola en esta situación —le aseguró De Riteris—. Si murieras llevando a cabo tan insensata empresa, jamás me lo perdonaría.

—¿Son tan buenas noticias como para liberarme aunque solo hayas gastado el bonus y no la labor de asistencia? —quiso saber el diablillo.

—Por supuesto, leguleyo, eres libre.



Resonja y De Riteris partieron al alba. Tomaron prestada una barca para llegar al puerto de Pristav, atravesaron de nuevo las Praderas Cenicientas de Fraxinella, esta vez con el sol en contra, y evitaron volver a pasar por Trastúrmer, pero resultó que los alrededores de Trastúrmer eran aún peores. Atravesaron pantanos, arboledas extrañamente iluminadas y pueblos inquietantemente abandonados hasta llegar a Luogho, en Dritte, donde encontraron a una tarrasca de cuero azulado.

De Riteris había dado por supuesto que resolverían los combates entre los dos, pero ella le dijo que quería ganarse el traje. De modo que Resonja derrotó a la tarrasca en singular combate y se apresuró a des pellejarla antes de que se le cuajara la sangre mientras aparecía por allí la prima de la tarrasca, de la que tuvo que encargarse De Riteris, que acabó hecho un asco de coágulos. Se abrieron camino por el desierto de cal viva de Eyoimork y se enfrentaron a dos enmilleones de soldaditos diminutos que solo eran solubles en lactosa para poder llegar a la torre del hechicero Varazslo, en Kolmansien, y convencerlo de que hechizará la piel de la tarrasca, algo que consumió más tiempo del planeado porque el mago era de los que

se aburren mucho.

De regreso a Dritte, resultó que en los páramos de Kanive era necesaria la autorización para atravesar la finca privada de un trogro, que les puso a cantar para entretener a sus huéspedes y que trató de asesinarlos mientras dormían. Al día siguiente, los huéspedes celebraron un funeral en lugar de un banquete de paladines rellenos.

Resonja consiguió cazar la endecena de ocastras, que trataron de robarles en tres ocasiones antes de que pudieran separarlas de sus cornamentas. Iban cada vez más cargados. Escalaron la montaña de lija de Mauna, recogieron un puñado de flores de escarcha y se enfrentaron a las arañas rabiosas de Pok, con tan mala fortuna que una de ellas resultó estar preñada, y cuando le acertaron, brotaron de su vientre en centenares de arañitas francamente hambrientas.

De camino al monasterio de Kalaustri estuvieron a punto de ser secuestrados por un circo de hipnotistas, de los que se libraron gracias a la desconfianza de De Riteris hacia sus congéneres. Tras un esfuerzo sobrehumano, Resonja logró levantar la estatua del dios Taallo, pero debajo de este no había ninguna deposición almidonada, de manera que tuvieron que esperar tres endemanas a que las oraciones laxantes de los fieles dieran fruto, y, solo entonces, repetir el esfuerzo sobrehumano. La paladina esquiló a pulso un maloliente carnero de Ramadia, acertó al entrigésimosegundo intento diario en la Diana Sagrada de Taragete y, después de cruzar bosques siniestros y llenos de erratas gigantes que les hicieron encanecer, logró pelar a espada viva una de las patatas monstruosas de Frenchifry. A continuación, fue perseguida por un granjero furioso que la reservaba para un concurso.

—Menuda colección de piezas repugnantes —dijo Resonja— ¿De verdad se puede sacar de esto algo de provecho?

—Tendremos que volver a la isla para comprobarlo.



El sastre pareció ciertamente sorprendido al verlos regresar, pero se repuso enseguida y corrió a vestirse de mayordomo para recibirlos.

Tras un nuevo cambio de ropa, ya en el taller, el señor Shivach no pudo contener un entusiasmo extraordinario a la vista de la colección de trofeos, algunos ya sensiblemente apestosos.

—¡Qué maravilla! ¡Será el mejor traje de mi carrera!

—Excelente —dijo Resonja—. Porque va a ser el primero que confeccione para una mujer.

El sastre no pudo fingir que no la oía. Se quedó perplejo, buscando respuestas en De Riteris. Este sacó el contrato de compraventa de la Tarea, y le mostró la jurisprudencia.

—Así es. Me compró la Tarea. La paladina Resonja ha sido quien ha derrotado, capturado, apaleado, despelado y asaeteado a todas esas criaturas.

—Pero esto... —el sastre temblaba de frustración—. ¡Es terriblemente irregular! ¡Jamás se ha contemplado en los estatutos sastrescos que...!

—A mí me parece todo de lo más legal —le aseguró Resonja, acariciando la empuñadura de la espada.

El sastre estaba tan aturullado que no parecía capaz de reaccionar.

—No... No puede ser...

Tuvieron que llevarle un té de hierbas para que se recuperara del vahído. Una vez repuesto, exhibió una mirada de desafío.

—Tengo que respetar el contrato. Y si realmente ha sido ella quien ha conseguido las piezas... no me queda otra opción. Confío en vuestra palabra de Paladín —dijo, mirando a De Riteris.

—Podéis estar seguro de que así fue.

El sastre hizo una pausa dramática.

—Está bien. Procedamos a la confección del traje... Pero aún queda una última prueba, la más importante.

—La número once —suspiró De Riteris, que tampoco era un ferviente seguidor de ese número—. Lo sabía.

—No le tengo miedo a nada —aseguró la paladina.

—Ya veremos.

—Está bien —se rindió De Riteris, que ya se había visto cerca de la liberación—. ¿Dónde tenemos que ir ahora?

—Es aquí mismo —aseguró misteriosamente el sastre.



Portando antorchas de las gordas y antorchas de repuesto, cargando con las piezas necesarias para el traje, los paladines siguieron al señor Shivach escaleras abajo.

—Este palacete está construido sobre una tierra excepcional, de grandes cualidades.

—¿Queréis decir que es tierra mágica? —preguntó De Riteris.

—Al contrario, se trata de la tierra menos mágica que existe. Es tan carente en cualidades sobrenaturales que es la única capaz de contener el inmenso poder

de los artefactos legendarios.

Las escaleras helicoidales descendían hasta profundidades insospechadas y tenebrosas. De Riteris había estado en escaleras parecidas, pero jamás había tenido una sensación tan clara de peligro. Cada uña y cabello del cuerpo le gritaban que volviera por donde había venido. Pero era lo que tocaba, así que siguió bajando.

—¿Queréis hacer el favor de explicarnos qué hay allí abajo? —preguntó Resonja, deseosa por batirse con lo que quiera que fuese.

—Será más interesante que lo descubráis vos... misma.

La primera vez en su vida que el sastre utilizaba una terminación femenina resultó bastante siniestra.



Lo que había allí abajo estaba cubierto por otro telón, de esos a los que el sastre era tan aficionado. Pero esta vez Resonja no tuvo la paciencia de esperar a que este lo recorriera, y lo apartó ella de un mandoble.

Bajo el telón había un espejo mágico. Nada más verlo, De Riteris se apartó hacia un rincón sin iluminar, y el sastre hizo lo propio. Pocas cosas le infundían al paladín tanto desasosiego como los dichosos espejos mágicos... Nunca se sabía qué eran capaces de hacer. Y ese parecía de los peores.

—Debéis miraros en el Espejo del Héroe —le dijo el señor Shivach a Resonja—. Os mostrará vuestra verdad.

—Sin problema —aseguró Resonja, que no parecía preocupada.

De Riteris no se atrevía ni a mirar. El espejo compondría alguna visión tan retorcida y horrible de la paladina que esta se echaría a llorar de angustia o se volvería loca. Ya lo había visto varias veces, y no era bonito. Pero no quería abandonar a su compañera, de modo que entreabrió un ojo.

Resonja se colocó frente al espejo... y este solo mostró a Resonja.

—¿Es esta esa prueba tan peligrosa? —se extrañó ella.

Por primera vez, el sastre parecía genuinamente admirado.

—Sois..., ¡sois un verdadero Héroe!

—Pues claro —confirmó ella con naturalidad.

—Está bien... Qué emocionante... Ahora colocad frente a vos todas las piezas, y el espejo se encargará de confeccionar el traje.

De Riteris sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Queréis decir que en realidad los sastres no

hacéis... nada?

—¿Nada? ¡Custodiar todo este conocimiento y pasarnos la vida esperando! ¿Acaso os parece poco?

Se lo veía tan indignado que De Riteris no supo qué replicar. Mientras tanto, se mantenía tan alejado del espejo como podía. Sabía bien qué encontraría si se mirase en él: alguien sin madera de héroe, que solo cumplía Tareas a regañadientes, que no era, en definitiva, quien debía ser, y que ni siquiera era capaz de dar repasos visuales a mujeres. Y anda que no existían palabras desagradables para eso en el mundo de los paladines.

Resonja colocó las pieles y cuernos frente al espejo, y estos se iluminaron, y comenzaron a levitar y ordenarse. Era algo asombroso de ver, y el señor Shivach se deleitaba con el espectáculo. En la frontera entre la realidad y el reflejo, entre la artesanía y la maravilla, las piezas se cortaron, pulieron y ensamblaron de forma autónoma. Un hilo de luz apenas visible las cosió con puntadas tan leves como patas de luciérnaga.

El traje adquiriría la forma exacta del cuerpo de Resonja, que sonreía complacida.

—Sabía que una mujer podía conseguirlo —susurró.

En cuanto el traje estuvo terminado, pareció erguirse para que todos lo observaran.

—¡Es una pieza magnífica! —exclamó el sastre, eufórico—. ¡Sin duda mi mejor creación!

Y entonces la vestimenta cobró vida. Frente a Resonja, un cuerpo hecho de aire a imitación del suyo empezó a moverse.

—¡Menuda maravilla estoy hecha! —dijo la traje con una voz que parecía un eco inquietante de la de la paladina.

—No sabía que pudiera hablar —comentó la paladina, dirigiéndose al sastre.

—Yo tampoco —confesó este, repentinamente pálido.

—Soy igual a ti en todo —le explicó la traje a Resonja—. Solo que mejor. Más joven, más fuerte, más elástica, más invulnerable, y con más estilo. Y ahora, cuando te derrote en combate, cuando venza a la mejor paladín, demostraré que la mejor en realidad soy yo.

Resonja desvainó, con una sonrisa.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

La paladina y la traje se enzarzaron en un combate del que era mejor mantenerse alejado.

—¿Vos sabíais esto? —le preguntó De Riteris al sastre.

—¡Prometo que no! ¡Si lo llego a saber no habría aceptado el empleo! Nadie había conseguido un traje

completo desde el primero de todos.

—Este espejo es demasiado mágico —observó De Riteris.

—Por eso no bajo ni borracho. Y aun así, me da pesadillas tenerlo cerca —susurró el sastre.

—Creo que debería ir a ayudarla —se planteó De Riteris.

—¡Ni se te ocurra! —le increpó Resonja, asestando un tajo a la capa de la traje.

—¡No, la capa no! —gimió el señor Shivach.



La capa acabó hecha jirones, y lo mismo sucedió con el torso, los pantalones, el cinturón, los guantes y las botas.

—Qué lástima —se quejó el sastre—. Materiales de la mejor calidad...

—Póngalos a buen recaudo, enterrados en esa tierra tan poco mágica —dijo Resonja—. Yo me voy a descansar.

—Después de que logremos subir esas escaleras.

—Hay un montacargas —les confesó el sastre con un hilillo de voz.



Ya en sus aposentos, De Riteris trataba de pensar qué decirle a Resonja. La paladina estaba alicaída por el fiasco de todo el asunto del traje.

El paladín pensaba en las palabras que había dicho Resonja cuando se conocieron, eso de que ninguna mujer había llevado nunca el Traje del Héroe... Y luego resultaba que en realidad tampoco lo había llevado ningún hombre, pero todo el mundo creía que así había sido. Sí, era muy injusto cómo se escribía la historia.

—Escucha —se le ocurrió por fin—, si apenas vas a la Ruleta porque no te gusta que una piedra te diga qué tienes que hacer, ya que prefieres buscarte tus propios retos, ¿por qué deseas los privilegios de los hombres? ¡No significan nada! Es todo un concurso de medirse los penes que no tiene nada que ver con el verdadero valor ni con el talento.

—Es fácil decirlo cuando tú lo tienes al alcance de la mano...

—No, no es eso.... De verdad, es que es todo una farsa. ¡Ni siquiera son más valerosos que otros! Si conocieras a los mierdas de la Tabla Róndola... Llevan dagas especiales tan solo para hacer marcas en la espada cada vez que desvirgan a alguna infeliz. Y si les oyeras

hablar de sus supuestas proezas... Cada vez que me tropiezo con el engreído de Perchaval o el miserable de Guaviano, me dan ganas de partirlas los morros, algo que no me pasa ni con los monstruos, que normalmente dan pena. Esos abusones insensibles merecen que los despellejen con látigos de ortigas.

—Vaya... realmente te afecta, ¿verdad? Habrás recibido muchas collejas de chicos así.

De Riteris respiró hondo.

—Las collejas son órdenes que te dan. Cada una significa que tienes que ser como ellos. Es una pesadilla que me digan cómo debo comportarme. Todo lo que se espera de mi... Tú, sin embargo, ¡eres tan libre! Te da lo mismo cómo se supone que tiene que ser una mujer. Ni te pintas las uñas ni llevas zapatos de esos que te hacen el pie más pequeño...

—Sé a qué te refieres —suspiró ella—. Me ha costado años irme librando de todas esas mierdas y aún me queda.

De Riteris abrió la boca para confesar algo que nunca había dicho en voz alta, pero cambió de idea. Y después volvió a cambiar de idea, y le dijo a Resonja:

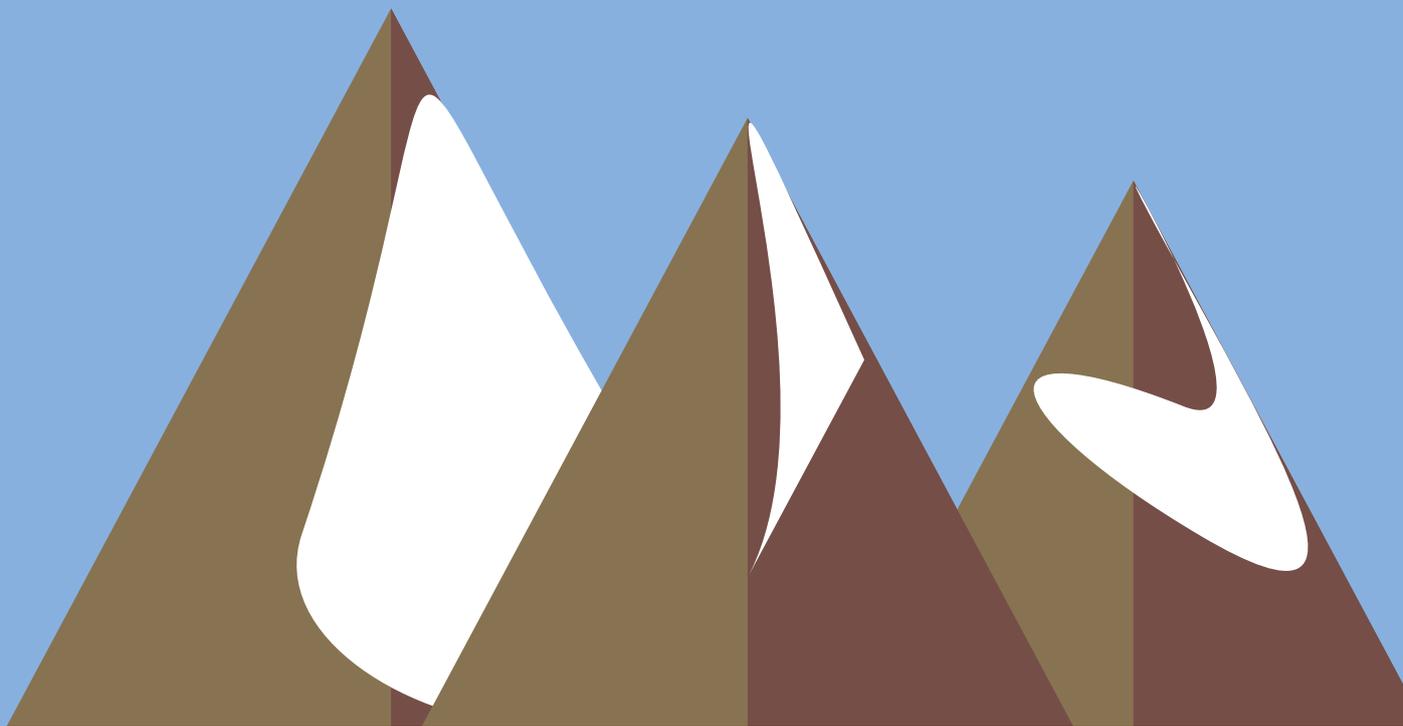
—Si ser un hombre de verdad es ser como Perchaval, entonces prefiero no serlo nunca.

Se quedaron en silencio, comprendiendo cosas. Resonja, más animada, dijo al fin:

—Creo... No, sé que tienes razón. No tengo por qué seguir los pasos de toda esa gentuza.

—Y además eres la mejor entre todos los paladines. Lo ha asegurado una entidad mágica de las chungas.

—Tampoco necesito que una doña trapos de tres al cuarto me confirme lo que ya sé. Bueno, ¿nos vamos de aquí de una vez, chaval?



2

R E L A T O D O S

EL LEGADO DE LADÓN

MARÍA VÁZQUEZ



MARÍA VÁZQUEZ (A ESTRADA, PONTEVEDRA, 1981). ENAMORADA DE LA HISTORIA MEDIEVAL ESPAÑOLA; ESCRIBE HISTORIAS DE FANTASÍA, AMBIENTACIÓN HISTÓRICA Y ROMÁNTICA. HA PUBLICADO LOS TÍTULOS *EL CABALLO DE LA VALQUIRIA*, *CANTO AL AMOR*, *UN PUÑADO DE RELATOS*, *ALGUNOS PUENTES NUNCA ARDEN* O *EL VIENTO AGITÓ NUESTRAS CADENAS* Y HA PARTICIPADO EN VARIAS ANTOLOGÍAS BENÉFICAS



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

Triana todavía recuerda la tarde en que conoció a Marisa y lo mal que le cayó. Fue un martes cualquiera tras la clase de violín, cuando su padre acudió a recogerla para acercarla a casa.

Tan solo ver el coche de su progenitor le hizo soltar un resoplido de desgana. Las conversaciones con él eran cada día más forzadas y los silencios largos e incómodos cobraban gran protagonismo.

Así que al subir al automóvil y ver que desde el asiento del copiloto una señora se esforzaba por sonreírle tratando de causarle buena impresión, se relajó. Los mayores podrían hablar entre ellos y evitarle el mal rato.

—Buenas tardes. Que tu madre tenía mucho trabajo y dice que...

—Hola —cortó ella la conversación mientras se acomodaba en el asiento. Conocía la excusa de sobra y que a continuación vendrían comentarios despectivos sobre la poca dedicación maternal que le prodigaban y, la verdad, no tenía ganas de sacar los trapos sucios ante una desconocida—. No pasa nada, tengo deberes de los que ocuparme y necesito soledad para hacerlos.

Y no bien se habían incorporado al tráfico, aprovechó para ponerse los cascos y aislarse, dejando con la palabra en la boca a la señora de delante que en ese instante miraba hacia atrás para preguntarle qué tal había ido su tarde.



Triana no tuvo en consideración lo que le decía. Creía que sería una compañera de trabajo a la que iban a dejar en algún punto del camino a casa. No era la primera vez.

Lo más sorprendente no fue que la mujer les acompañara hasta el fin del trayecto, sino que al bajar del coche traspasara las puertas de casa como si le perteneciera.

La cara de Triana debió de ser todo un poema, a juzgar por la sonrisa que le dedicó su padre al pasar a su lado palmeándole la espalda. Algo que la enfureció; hubiera protestado diciéndole que no eran colegas, sino padre e hija, en lugar de eso se dirigió a la desconocida que se había vuelto a guiñar el ojo a su padre, lo que le molestó todavía más.

—¿Y tú quién eres? —exigió saber.

—Soy Marisa, pero puedes llamarme madrastra.

«Tonta del culo es lo que eres», pensó indignada. Se abstuvo de decirlo en voz alta, no debía olvidar a estas

alturas de la vida que se acercaban las vacaciones veraniegas y que su padre era el que se suponía iba a pagarle la estancia que pretendía pasar en Inglaterra, en aquel campamento tan caro al que iría Sofía.

No podía permitirse el lujo de que tal oportunidad desapareciera ante ella en el último momento.

La escena con Marisa a la puerta de la casa no fue la más desagradable que viviría ese día. Se afanó por permanecer encerrada en su cuarto el mayor tiempo posible. El malestar que sentía no le permitió siquiera abrir los libros y, aunque se moría por tocar el violín y fastidiarles con su poco arte, se abstuvo, porque entonces comprenderían que estaba pasando el tiempo en lugar de dedicarse a hacer sus tareas y encima tendría que aguantar el chaparrón.

La hora de la cena discurrió con ella mirando de soslayo a Marisa; tenía piel morena, también el ensortijado cabello; los ojos negros como el tizón, tan alejada del arquetipo de mujer con el que salía su padre que no lograba entender por qué se había fijado en ella.

Apenas probó bocado, jugueteó con el pisto manchego que le habían puesto y respiró aliviada cuando el timbre sonó indicando que su madre había llegado para llevársela. En el coche, esta rio cuando le habló de Marisa y determinó que la relación estaba condenada al fracaso.



De no haber sido porque cada vez que iba a casa de su padre Marisa estaba allí y trataba de acercarse a ella, a Triana le hubiera dado igual su existencia y la relación que mantenían. Pero aquella mujer había venido para quedarse y no solo eso, sino que pretendía ser amiga suya. Se afanaba por buscar un momento para quedarse las dos en intimidad y, hasta ahora, había logrado rehuirla. Sin embargo, era cuestión de tiempo que la abordara. Y estar a solas con Marisa era algo que le provocaba una bola de nervios en el estómago.

Contaba los días y horas para que llegaran las ansiadas vacaciones e irse al campamento. Había hecho ya muchos planes con Sofía. Por eso fue que, cuando su padre le comunicó que había alquilado en Canarias una casa terrera en el campo para que pasara ese mes con él y Marisa, estrelló con rabia el jarrón de la entrada. Gritó, lloró y suplicó que no le hicieran algo así y todo fue en vano.

—Marisa ha planeado estas vacaciones con mucho

detalle, no voy a romperle la ilusión después de tanto esfuerzo. Al campamento podrás ir más adelante.

Claro que podía ir más adelante, pero más adelante no estaría Sofía, no sería ya lo que habían soñado juntas. Era muy injusto que su padre prefiriera a aquella mujer antes que a ella, porque a fin de cuentas era eso lo que sentía: que estaba poniendo por encima a Marisa.

Fingió no encontrarse bien para evitar ir a pasar las vacaciones con ellos; su madre, que ya había hecho planes para ese mes, no estaba dispuesta a que se truncaran. Le recomendó que se abrigara bien y le aseguró que en tres días máximo ya se le habría pasado.

Su enfado era bien patente y le daba igual que su padre o Marisa lo notaran. Aunque ninguno de ellos pareció darse cuenta, ensimismados como estaban en sí mismos.

Había veces que le hacían sentirse como si fuera una de esas antiguas carabinas que ponían a seguir de cerca a una pareja para vigilarla.

Por las tardes, mientras en la casa terrera dormían la siesta, ella se bañaba en la piscina que había en el patio trasero. Mataba así el inmenso calor que hacía y las largas horas. Sola se dejaba mecer por el agua y mantenía conversaciones silenciosas consigo misma.



Una tarde, mediada la segunda semana que llevaban allí, mientras se encontraba tumbada al borde de la piscina, con una mano dentro del agua, los ojos cerrados y el sol caldeándole la piel tras el baño, se vio obligada a mirar hacia arriba cuando una sombra se interpuso en medio.

Hizo una mueca de disgusto al advertir a Marisa acullada ante ella. Se quedaron mirándose durante unos segundos, hasta que Triana decidió romper la tensión.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó con brusquedad.

—He venido a buscarte.

—No me apetece ir a ningún sitio —respondió levantándose y dándole la espalda.

Tenía previsto tirarse a la piscina y que al verla nadar la mujer la dejara en paz. Se sorprendió al notar que Marisa la tomaba desde atrás con fuerza por el brazo. El shock le impidió decir nada o siquiera osar moverse.

—No. Estoy aquí por ti —aseguró Marisa obligándola a encararla. Y en ese instante el estómago de Triana se encogió y un escalofrío le recorrió entera—. Me crucé contigo en invierno. Ibas con tus amigas, ellas reían,

pero tú te quedaste atrás fingiendo que te habías olvidado algo y fuiste a darle todo el dinero que llevabas a una mendiga. Luego dijiste a tu madre que habías perdido ese dinero, porque preferiste guardar el secreto a que te riña.

La revelación le hizo abrir la boca asombrada. ¿Qué significaba todo eso? ¿Marisa la había seguido durante meses?

—¿Qué quieres decir? Eso sucedió antes de que conocieras a mi padre.

—Ese fue el motivo por el que provoqué que tu padre y yo nos conociéramos.

—Estás fatal de la cabeza.

Algo dentro de ella le pedía que gritara porque estaba ante una loca y a saber qué podría hacer si era capaz de haberles engañado de esa manera.

—Estoy a punto de morir —reveló perdiendo la negra mirada en el horizonte.

—Eso no justifica lo que has hecho.

—No lo entiendes. El destino ha sido revelado. Voy a morir, es cierto, pronto, pero antes he de elegir a mi sucesora. Y tú eres la elegida.

—Suéltame —exigió Triana con la voz temblorosa.

Marisa obedeció y alzó las manos como si la estuvieran atracando, para mostrar que era inofensiva, aunque a esas alturas Triana tenía muchas dudas de que no fuera a comportarse de forma agresiva.

—Necesito que quien acepte mi legado, porque esto, a fin de cuentas, es un regalo que ha de ser aceptado, sea alguien honorable, justo y que sepa guardar secretos y lealtad. Tú eres la persona indicada, lo sé desde el primer día que te vi y nuestras manos se rozaron.

—Marisa —suplicó con un hilo de voz—, creo que es mejor que nos reunamos con mi padre —sugirió lo más calmada que podía en una situación como esa.

—Tu padre no despertará hasta que yo lo decida.

Triana gritó histérica, temiendo que le hubiera hecho algo y echó a correr hasta la habitación de él. Oía los pasos de Marisa pisándole los talones. En ese momento maldijo no haber llevado con ella el teléfono móvil que se había quedado en el salón a cargar.

Apartó con arrojo la mosquitera de la cama y se abalanzó sobre su padre que dormía profundamente. Por más que le llamaba y zarandeaba, este no abría los ojos.

—¿Qué le has hecho? —preguntó volviéndose hacia Marisa que la contemplaba apoyada en la puerta.

—Solo le he concedido dormir con placidez. ¿Qué te

parece si nos sentamos a charlar relajadas? —ofreció señalando con la mano las butacas que había enfrente.

—¿Le has dado somníferos?

La carcajada que brotó de boca de Marisa la estremeció.

—No seas ridícula. Tú también podrás hacer que alguien duerma o despierte cuando lo necesites si aceptas mi legado. Sin dolor ni consecuencias —matizó acercándose para acariciar la frente del padre de Triana—. ¿Vas a tomar asiento o no? —insistió dando ejemplo al sentarse al borde de la cama, en el lado opuesto al que Triana se encontraba—. ¿Conoces el mito del jardín de las Hespérides?

—¿Ese rollo de las manzanas de la diosa Hera y que concedían la inmortalidad?

Marisa le ofreció una sonrisa condescendiente.

—Sabrás entonces que tres ninfas lo custodian.

—¿Tú...?

Marisa ahogó la risa poniendo delante de la boca la mano.

—No, pero mi historia está ligada a ellas. También la tuya lo hará a partir de hoy. Cuando Ladón, el dragón que velaba por el jardín y vigilaba que las ninfas que lo custodian no robasen las manzanas de Hera, fue asesinado por Hércules, de cada gota de sangre que salpicó el suelo brotó un árbol de ramas retorcidas a imitación de sus cien cabezas. Se les puso de nombre «drago». Hasta ahí la leyenda, la realidad es que, además de sangre, cada árbol contiene también una porción del alma fragmentada de Ladón, pues el dolor y la vergüenza de saber que había fallado a su diosa hizo que en el momento de morir su espíritu se resquebrajara en miles de pedazos. Hera, al advertir el dolor de Ladón, quiso darle una segunda oportunidad, para ello ha de recuperarse cada uno de los pedacitos que conforman su alma. Y estos no se desprenderán del árbol en el que se han quedado encerrados hasta que no se corte o se seque. Para recobrarlos existen tres guardianas de los drago. Yo soy una de las escogidas. —Marisa hizo una medio inclinación de cabeza y Triana no pudo evitar que una mueca de escepticismo atravesara su rostro—. Mi vida está ligada a ellos a través de su savia y cuando el trozo de alma queda libre la acojo dentro de mi cuerpo.

»Al principio Hera envió a un guardián para que se ocupara de encapsular el fragmento de alma que contiene un drago. Pero albergar en tu interior el alma tan dolida de un ser tan poderoso como Ladón requiere

mucha entereza y pureza de espíritu. Llegó un momento en que los fragmentos que guardaba corrompieron al siervo de la diosa y entonces se vio obligada a designar tres guardianas, el mismo número de ninfas que tiene guardando su jardín, para que se hicieran cargo de la situación. Nuestro cometido es llegar antes que el guardián original y ofrecer nuestro cuerpo para contener el trocito de alma que se libere; cuando ya no queden más dragos tendremos que enfrentarnos al guardián original y recuperar lo robado. En mi interior llevo varios pedazos de Ladón; esperando a que todos sean reunidos y se permita al fin ensamblar su alma de nuevo.

»Nosotras no somos eternas, comer una manzana del jardín de las Hespérides nos alarga la vida y mantiene iguales que en el instante que la comimos, pero la desfragmentación del alma de Ladón, así como tener que hacer que la nuestra comparta espacio con la suya, hacen que seamos vulnerables y la inmortalidad solo es posible para quien tiene una sola alma.

»No puedo explicarte cómo, porque es una sensación y hasta que no se experimenta no se comprende, aunque sí te aseguro que somos conscientes de cuándo nuestro final se acerca y es entonces que debemos buscar una sustituta. Y al igual que advertimos la llegada de la Parca, también somos capaces de distinguir a nuestra sucesora, con verla notaremos que algo la hace diferente del resto, al tocarla se nos mostrará la nobleza de espíritu que en ella habita.

»Y así fue como te encontré a ti. Sobresalías entre tus amigas y cuando tocaste mi mano al depositar una moneda en ella, supe que eras tú.

—¿Me estás diciendo que...?

—Así es, yo era la mendiga. Nuestra tarea no es fácil, no voy a engañarte. Tenemos que saber pasar desapercibidas y escondernos del guardián. Tiene más años que nosotras, más experiencia y más ambición. Ansía todos los fragmentos de Ladón, incluso los que las guardianas llevamos en nuestro interior y, a diferencia de nosotras, él sí es inmortal, pues su alma corrompida se ha fundido con los pedazos de dragón que alberga, transformándose en una sola. Por eso estoy aquí ante ti, para ofrecerte mi legado.

—¿Si te digo que sí despertarás a mi padre?

—Después de que aceptes mi legado tú misma podrás hacerlo.

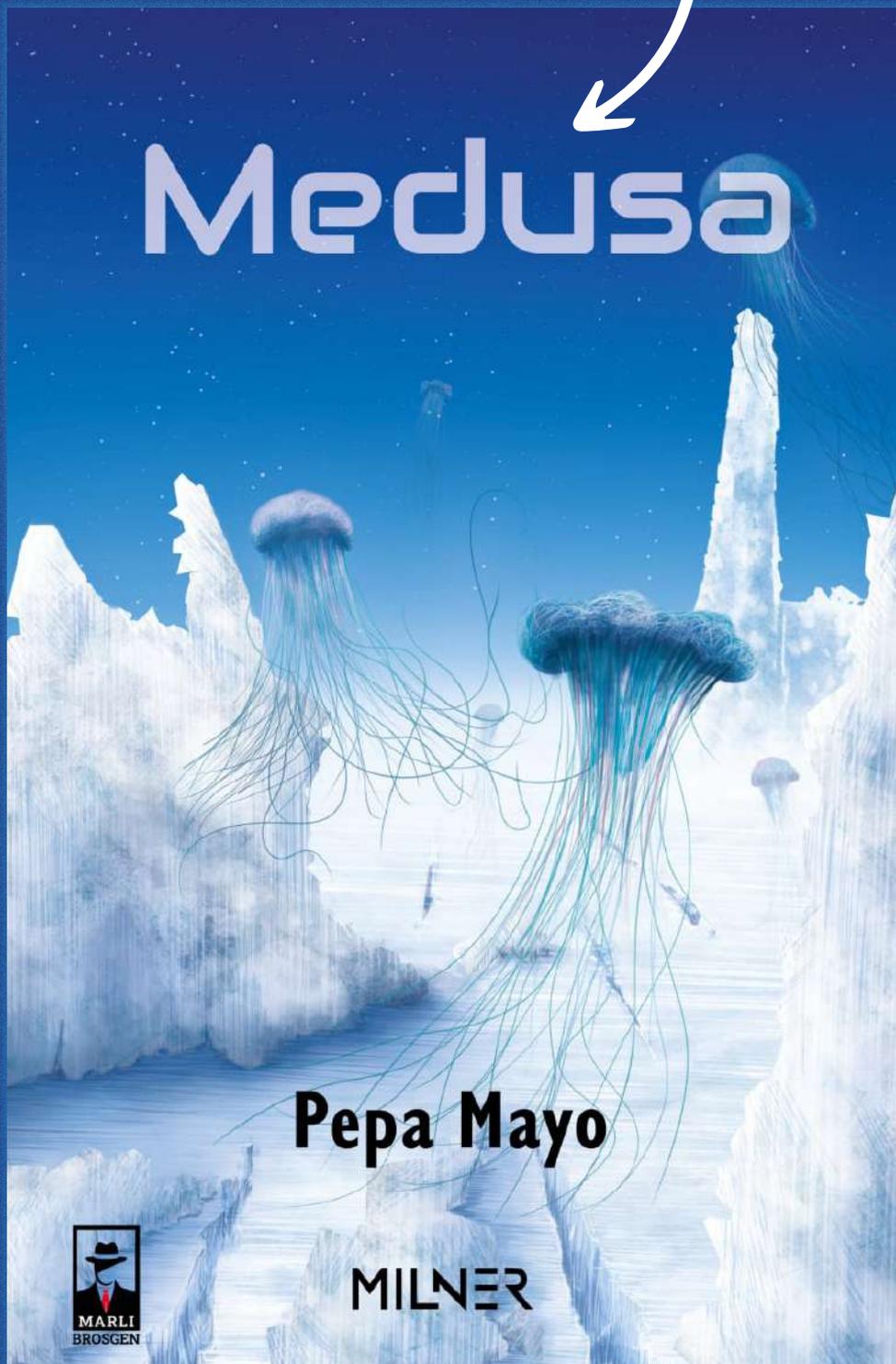
—Lo acepto. ¿Ya? —indagó señalando a su padre.

—Todavía no. Primero he de mostrarte algo, antes

¿TODAVÍA NO TIENES TU
EJEMPLAR?
HAZ CLIC AQUÍ
PARA CONSEGUIRLO



Medusa



Pepa Mayo

MILNER



ERA UN SONIDO
GRAVE Y PROFUNDO,
COMO EL DE UN
ANTIGUO CUERNO,
QUE SE EXPANDÍA
ENTRE LAS RUINAS
Y LOS PICOS DE LAS
MONTAÑAS. LAS
GRIETAS CRUJIERON,
AVISANDO DE
LA INMINENTE
APARICIÓN DE LAS
MEDUSAS.

del traspaso.

Triana notaba las lágrimas a punto de rebosar sus ojos. Tragó saliva y fingió mantenerse digna, aunque por dentro temblaba y le costó levantarse cuando Marisa se lo pidió, temía que las piernas no la sujetaran y caer sentada.

«Si mantengo la calma y hago lo que me pide no pasará nada, venga, Triana, valor», se dijo, negándose a volver la vista hacia la cama, donde su padre parecía dormir.

Un escalofrío la recorrió entera al recordar que no había vecinos alrededor, pues la extensión de campo que tenía la casa era demasiado grande. No podía cometer la imprudencia de alejarse en busca de ayuda; si no era lo suficientemente rápida las consecuencias serían peores; si lograba huir, temía lo que pudiera suceder a su padre.

—Vístete —le sugirió Marisa.,

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—¿Recuerdas ese pueblecito pintoresco que vimos viniendo hacia aquí?

—¿El de las casas cueva?

Marisa asintió con la cabeza, mientras ella se ponía encima del bikini unos pantalones cortos y una camiseta. Se calzó las sandalias que había dejado abandonadas en la sala. Quiso aprovechar que estaban allí para coger el móvil. No lo encontró en donde se suponía que debía estar cargando.

Nerviosa, se retorció las manos, haciendo que le crujieran los dedos. El gesto llamó la atención de Marisa que la tomó del brazo y medio la empujó a que saliera con ella de la casa; el sol la deslumbró y por unos instantes se dejó llevar como si estuviera perdida. No fue consciente de que había subido al coche hasta que este se puso en marcha.

El silencio imperaba en el interior y Triana se sintió estúpida por no haber opuesto resistencia de ningún tipo. Se preguntaba si la mujer estaría tan perturbada como para no poder conducir, y es que por más que lo pensaba jamás la había visto tomando el volante del coche. Por lo que sabía, que era nada, quizá incluso ni tenía carné de conducir.

«Mierda, cuando papá despierte me va a matar por subirme con esta loca al coche», se recriminó.

Un frenazo la sacó de su ensimismamiento. Chocó con la frente contra el cristal. No tuvo apenas tiempo de frotarse la zona dolorida y maldecirse a sí misma por haber olvidado ponerse el cinturón de seguridad

porque, antes de que consiguiera analizar la situación, ya Marisa estaba abriendo la puerta del acompañante y tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

Ni se le ocurrió preguntar por qué habían aparcado en lo que parecía el culo del mundo, en medio de unas palmeras, cuando bien podrían acercar el coche al pueblo con total tranquilidad.

Se dejó arrastrar del brazo por Marisa. Y quizá fuera el golpe que acababa de darse, pero la completa tranquilidad del lugar le resultó inquietante y tuvo miedo de lo que esa señora, que no hace mucho insistía en que la llamase madrastra, pudiera hacerle.

Todavía maquinaba cómo deshacerse del agarre al que estaba sometida y echar a correr hacia la primera persona que viese, cuando Marisa sacó del bolsillo un viejo relicario que tenía un colgante en forma de manzana llave y la hizo pasar a la primera cueva casa del lugar, cuyo exterior denotaba que hacía tiempo que llevaba abandonada.

Oyó la puerta cerrarse tras ellas. Se giró sobresaltada, al saberse encerrada.

—Sígueme —ordenó Marisa.

Triana dudó, pero el olor a humedad, la penumbra allí reinante, los muebles viejos y polvorientos, las cortinas divisorias de flores y los tapetes de ganchillo, así como una antigua muñeca de porcelana que la miraba desde una de las desvencijadas sillas, le inocularon miedo y corrió hacia la estancia donde había visto desaparecer a Marisa; algo en su interior le sugería que era mejor estar con ella que allí sola.

En el corredor notó frío y lamentó no llevar una chaqueta. El sentimiento se convirtió en polvo cuando al alzar la vista descubrió a Marisa moviendo la estantería que ocupaba la pared. La curiosidad, los nervios por ver qué había detrás se diluyeron al incidir la luz en sus ojos. Se colocó la mano a modo de visera, para contener la cantidad de claridad que recibía. Emitió un silbido al contemplar la belleza que se le mostraba: un hermoso vergel al lado de un cristalino lago.

—Arrodíllate —indicó Marisa hincando ella misma las rodillas en el suelo.

Triana se quedó contemplando la figura femenina que apareció ante ellas. La mujer llevaba un vestido de gasa rojo que se le pegaba a las formas; tenía sendas aberturas en las piernas para darle libertad de movimiento. Se peinaba el cabello castaño en un semirecogido que realzaba la belleza del grácil cuello.

Notó el tirón en el brazo y fue entonces que imitó a

Marisa; se arrodilló en el suelo y bajó la cabeza, fijándose en los pies descalzos de la mujer de rojo, mientras sus ojos no cesaban de buscar el hermoso cuello.

—¿Qué te trae por aquí, guardiana de los dragos? —curioseó con una voz grave que no se correspondía para nada con la delicadeza que su imagen destilaba.

—Vengo a presentaros mis respetos y también a mi sucesora —explicó Marisa.

Hubo un tenso silencio en el que Triana tuvo el impulso de interrumpir con una tontería tipo: «se ha quedado buen día», solo por no sufrir la angustia que le producía.

—Aaah —suspiró la misteriosa mujer, como quien vuelve con la mente al pasado y se lamenta con nostalgia por la pérdida de algo que le ha sido muy querido.

Fue justo ese instante, en el que la dama de rojo colocó la mano en la cabeza de Marisa, tras suspirar, que Triana rompió a llorar. Porque ya no estaba ante una pirada como había creído, sino ante una mujer que estaba sentenciada a morir y todo lo que había creído cierto se derrumbaba; porque ya nada de lo que había sido importante lo parecía. Porque el mundo y la seguridad que conocía daban paso al vértigo.

Y cuando notó los brazos de Marisa a su alrededor, se abrazó a ella como si la vida se le fuera en ello.

—Lo harás bien, elegida —intercedió la doncella de rojo con su extraña voz grave—. Si has sido designada como futura guardiana es porque eres digna de ello. Soy Eritía, una de las tres escogidas para guardar el jardín de Hera y, en nombre de mi diosa y mis hermanas, te doy la bienvenida.

Triana se dejó levantar por Marisa y no protestó cuando Eritía le ungió la frente antes de permitirle entrar, marcándola como merecedora del honor de traspasar el umbral del jardín de las Hespérides. El tirón que la guardiana le dio le incitó a seguir moviéndose, a pesar de que cada flor, cada árbol u hoja le sugería que se detuviera para acaparar su atención.



Al borde del lago que había en el vergel, dos jóvenes las miraban; se sentaban con las piernas cruzadas, en las que reposaban sendas coronas de flores que trenzaban. Ambas vestían de gasa, la una de blanco y la otra de un amarillo que arrancaba destellos dorados cuando se movía.

Conforme se acercaban, Marisa inclinó la cabeza y Triana la imitó. Al llegar a su altura volvieron a

arrodillarse, tal y como lo habían hecho ante la primera Hespéride.

—Egle, Hesperia —dijo Eritía—, traigo ante vosotras a la guardiana, viene a presentarnos sus respetos y también a la que ocupará su lugar.

—Oooh —corearon a la vez, transmitiendo en ese monosílabo la misma tristeza nostálgica que Eritía. Más lágrimas se deslizaron por las mejillas de Triana y no pudo evitar pensar que un día sería ella la que se presentaría allí, tal y como Marisa lo estaba haciendo ahora y esos lamentos irían dirigidos a su persona.

—Has sido una buena guardiana —reconoció la mujer que iba vestida de un blanco que parecía deslumbrar.

—Gracias, dama Egle —agradeció Marisa—. Para mí ha sido un honor estar todos estos años al servicio de la diosa.

La respuesta recibió asentimientos de aprobación por parte de las tres jóvenes.

La entereza de Marisa sorprendió a Triana. Tenía mucho valor comportarse así, a pesar de saber que la muerte estaba cerca. Para ella resultaba complicado imaginar mantener tanta determinación y coraje en tal trance.

—¿Estás preparada para traspasar tu legado?

—Lo estoy, dama Eritía.

Nadie preguntó a Triana si ella estaba preparada para recibirlo, quizá es que se olieran que diría que no, porque la verdad es que estaba acojonada y tenía muchas dudas de que ella fuera a ser capaz de comportarse como se suponía debía hacerlo una buena guardiana. No era valiente como Marisa, ni metódica o calculadora, tampoco paciente. ¿Qué se suponía que iba a hacer ella si hasta necesitaba que sus padres fueran a llevarla o recogerla allá a donde iba? Había dependido toda la vida de alguien y esto debía hacerlo sola. La mera idea le sobrepasaba.

Aceptó la mano que Marisa le tendía para ayudarla a levantarse y se dejó conducir hasta una piedra que había bajo un magnolio blanco. En ella se sentó, mientras las Hespérides revoloteaban de aquí para allí con sus vestidos vaporosos.

A sus pies, Marisa le entregó el relicario de la manzana.

—¿Y esto? —preguntó desconcertada Triana.

—Es la llave que abre la casa cueva por la que se accede al jardín. Ahora te pertenece, pues tú eres la próxima guardiana. Mi fin está cerca y cuando suceda esto debe ser ya tuyo, para que no caiga en malas

manos.

—¿Cómo lo soportas? ¿Cómo puedes estar ahí tan tranquila? —soltó con rabia, negándose a aceptar el relicario.

—Igual que tú lo haces. Desde que tomas conciencia de que has nacido, comprendes que estás condenada a morir. Y saberlo no te impide vivir, puede ser hoy o dentro de unos años, pero no es algo que pienses a cada segundo. Hace mucho que estoy en este mundo, quienes conocí mientras era humana como tú ya son polvo. Los he llorado, los he echado de menos y he tenido tiempo de aceptar que cuando mi hora llegue estará bien porque he vivido. Y no hablo de la cantidad, sino de la intensidad con la que lo he hecho.

»Si hay algo que importa en este mundo, Triana, es que no tengas miedo a llorar o a reír, que cada cosa que hagas la hagas con el corazón y poniendo todo de ti en ello. Que el miedo a perder no te impida nunca querer o dejarte querer. Ser cerebral en nuestro cometido es importante, pero ello no te exime de sentir.



Fue entonces que se dio cuenta de que Marisa le apretaba la mano, obligándola a cerrar en un puño el relicario. Acababa de aceptar la llave del jardín sin ser consciente siquiera.

—Guardiana, ¿has traído la savia de un drago? —La figura de Eritía se alzaba al lado de Marisa; había surgido como de la nada.

—Así es.

Triana observó que la dama de rojo aceptaba un vial que Marisa le tendía en el que se veía un líquido del color del vino tinto. La ninfa lo vertió en una copa plateada que sujetaba Hesperia, la del vestido amarillo con reflejos dorados. Esta meneó la copa para remover lo que contenía y hacer que se mezclara bien. Luego, sus pequeños pies avanzaron hacia ellas con calma.

—Nosotras consideramos que ya estás lista para aceptar el regalo de la diosa y cargar con el legado de la anterior guardiana, pues la confianza que tu predecesora ha puesto en ti y la estela limpia que has dejado allí donde has pisado en este jardín así lo atestiguan.

—Gracias, dama Hesperia —contestó al modo en que había visto a Marisa hacerlo, mencionando a quien le hablaba y bajando la cabeza en señal de respeto.

Aceptó la copa que le tendían y se estremeció cuando un arpa sonó. Sus ojos le descubrieron a Egle sentada frente a ella con una pequeña arpa en la mano. La

voz de esta, que ya al hablar era melódica, al cantar, acompañada del tañido instrumental, se reveló todavía más dulce.

Hesperia rompió también a cantar, acompañando a Egle y pronto la voz grave de Eritía se unió a ellas.

Triana bebió alentada por el gesto que le hacía Marisa. La frialdad de la copa, así como del líquido que contenía, resultaban refrescantes. Un sabor dulzón la envolvió. Se afanó en apurar el brebaje hasta el final sin detenerse.

A su lado, Marisa asintió con un deje de orgullo en la mirada. Las Hespérides seguían cantando cuando esta tomó la palabra:

—Has recibido mi legado, ahora eres guardiana de los dragos, pues así te reconocen las Hespérides y tu vida ha quedado ligada al alma de Ladón, ya que has bebido el jugo de una de las manzanas que custodiaba y savia de drago, aquello que queda de él, de su sangre y su alma. En tu poder está ahora una de las tres llaves que existen para abrir el jardín de la diosa. Ya solo falta que te sean traspasados los fragmentos del alma de Ladón que ahora viven en mí.

—Que así sea —sentenció Eritía.

Hesperia calló y Egle siguió tocando el arpa mientras cantaba a bocaquiusa, haciendo del momento algo mágico.

Nadie habló mientras la melodía de Egle se escuchaba, hasta que llegó la despedida. Tal y como las habían recibido, sin sobresaltos ni calidez, así fue el adiós. Triana sintió pena por Marisa, pues era como si tras su paso por la vida, aquellas personas, a quien más había estado entregada, ni siquiera parecieran lamentarse por su futura ausencia. Dolía solo pensar en la soledad que se entreveía en ello.

Quizá por el brebaje que acababa de tomar, o puede que le afectara descubrir un secreto tan grande, así, de pronto, pero notaba que algo en su interior estaba cambiando; como si sentir se hubiera intensificado, como si fuera capaz de leer lo que los demás experimentaban en su interior.

Tras cerrar la estantería que escondía la entrada al jardín, Marisa insistió en que se sentasen en las sillas polvorientas de la cocina.

Qué triste se veía la casa cueva en comparación con el vergel que ocultaba.

—A partir de hoy todo será diferente —abordó Marisa—, aunque quizá ya lo estés notando. Debes saber que no hay lugar más seguro que este —aseguró—. Hera lo

ha hechizado para que el guardián original no pueda acercarse; un día estuvo aquí y la diosa le dio a beber agua del río Lete, haciendo que la parte de Ladón que vive en él, y por tanto todo lo que concierne al jardín, como por dónde se entra o los rostros de quienes lo guardan, haya sido olvidado. También aquellas personas que no sean dignas de entrar se verán afectadas por el hechizo. Al pisar la hierba, cualquiera que no tenga la nobleza suficiente, dejará una estela negra, pues lo vivo se convertirá en ceniza bajo sus pies.

—¿Y ahora qué? —interrogó Triana—, ¿cómo se supone que contendré los fragmentos del alma que están dentro de ti? ¿Y si no sé qué debo hacer?

—Lo sabrás, confía más en ti. El zumo de manzana con sangre de drago te ha transformado, pero la mayor transformación vendrá cuando yo muera. Antes de que eso suceda, algo dentro de ti te lo hará saber; bastará con que te quedes a mi lado cogiéndome la mano mientras me voy para que el alma de Ladón se traspase a tu cuerpo. Has de llegar tú antes que el guardián original. No te preocupes, no estarás sola, las otras dos guardianas también sentirán que mi vida se apaga y acudirán. Ellas te guiarán si acaso lo necesitas.

»Si no estuviera segura de tus capacidades no te habría elegido —la tranquilizó Marisa ofreciéndole una media sonrisa—. Hay otra cosa, Triana. No será una vida fácil, tendrás que estar sola muchas veces y tendrás que elegir muy bien en quién confías y por qué. Deberás saber pasar desapercibida, esconderte entre la multitud y viajar a menudo entre las islas. Tu cuerpo permanecerá así el tiempo que vivas, con lo que llegará un momento en que debas abandonar a quienes quieras, ya bien sea por tu aspecto, lo que significará que has disfrutado de ellos durante años, algo que te deseo, o por no ponerles en peligro.

—¿De qué morimos?

—Podemos enfermar, aunque siempre lograremos superar lo que sea. Tenemos el organismo preparado para eliminar cualquier veneno. La vejez no es un problema para nosotras, pero no somos inmunes a las armas. Ya sea blanca o de fuego, si alcanza un órgano vital, estamos muertas. El fin siempre es violento.

La revelación impresionó a Triana. Imaginar a Marisa tan viva, tan animada ante sí en ese instante, agonizando en un charco de sangre, mientras ella era testigo, le produjo un escalofrío.



El regreso a casa fue silencioso; no un mutismo incómodo como el que habían compartido a la ida, sino uno lúgubre, de quien comprende que se acerca el fin y no sabe cómo afrontarlo.

Triana ya no recordaba a su padre durmiendo tan tranquilo en la cama. La angustia de creer que Marisa le había hecho algo horrible se había desvanecido. Ahora entendía que nunca había estado en peligro.

Durante la cena se dedicó a jugar con los espárragos en el tenedor. Enfrente, los mayores hablaban como si nada hubiera ocurrido. Y, en apariencia, para su progenitor, ella seguía disgustada por lo del campamento.

Esa noche fue una pura angustia. Dio vueltas en la cama, inquieta. No cesaba de pensar en el tono que Erigía había utilizado al descubrir que el fin de Marisa estaba cerca. En la responsabilidad que se le encomendara. En que en breves habría una lucha en su interior, cuando los fragmentos del alma de Ladón trataran de acomodarse donde solo había espacio para una.

El futuro se le mostraba como si hubiera decidido vivirlo al borde de un gran abismo. Que se la invistiera como sucesora de Marisa denotaba que el fin de esta era inminente. Y si horas antes se las pasó preguntándose cuánto duraría la agonía de la espera, la mañana le trajo la certeza de que el temido momento había llegado.

Algo dentro de su piel lo gritaba y la mirada que la afectada le dedicó en cuanto se cruzaron en el pasillo lo confirmó. A Triana le tembló la mandíbula y de no ser por la entereza de Marisa, hubiera sucumbido a las lágrimas.

No es que tuviera mucho tiempo de hablar con ella y reflexionar sobre lo que estaba a punto de pasar, pues a la sensación de opresión se le unió la de una presencia familiar que se aproximaba. Estaba a punto de preguntar qué era esa percepción cuando su padre salió del baño. No tuvo oportunidad de darle los buenos días, pues, ágil como una gacela, Marisa, tras susurrar algo ininteligible, dio un salto para tomarlo contra sí misma y evitar que se desvaneciera en el suelo; había vuelto a dormirlo.

—No hay tiempo, Triana, arrástralo y mételo bajo la cama para mantenerlo seguro.

Quien la viera quizá diría que se trató de sangre fría, sin embargo, ella juraría a todo aquel que le preguntase, que se acuclilló ante su padre porque las piernas le fallaron.

Lo tomó de las axilas; pesaba una tonelada. Apenas notaba que se movía. El esfuerzo le hacía sudar y tenía las mejillas encendidas. Se tiró sobre él en cuanto el primer disparo sonó.

Triana temblaba sintiendo el cuerpo de su padre debajo, que, ajeno a todo, seguía dormido.

Una ráfaga de fuego se oyó. Astillas de madera y pintura volaron sobre ellos. El corazón le iba a mil.

Entonces el tiempo pareció ralentizarse y todo sucedió como a cámara lenta. Alguien corría fuera, escuchaba con nitidez los pasos. Un grito sonó cerca de la puerta y un cristal se quebró.

Triana se arrastró pasillo adelante, hasta quedar cerca de la sala. Llegó a tiempo de ver que Marisa se había parapetado tras el sofá volcado. Con el corazón en la garganta, siguió hacia adelante, queriendo llegar hasta ella.

Tenía todavía la mitad del cuerpo en el pasillo cuando una figura negra reveló su presencia saltando a través de la ventana rota, llevando por delante lo poco que de esta había sobrevivido. Triana se cubrió la cabeza con los brazos y en cuanto los apartó, advirtió que el visitante que iba de negro lanzaba algo deslumbrante contra ella. Gritó horrorizada y volvió a llevar los brazos a la cabeza.

Hubiera permanecido en tal estado de horror de no ser por la música que sonaba en la lejanía, un murmullo hipnotizante que se empeñaba en atraerla. Fue como si nada más existiese en ese momento. Como si las balas, los gritos y objetos rompiendo al caer no fueran más que un eco. Solo existían ella y la melodía.

Retiró los brazos de la cabeza y alzó el rostro. Sus ojos coincidieron con los de Marisa que, todavía tras el sillón, se mantenía sentada con una extraña sonrisa en los labios y una palidez extrema. Se fijó entonces en la gran mancha de sangre que se extendía en su pecho.

Triana medio se incorporó y corrió hasta ella. A su alrededor se alzaba una extraña burbuja transparente y nadie más que Marisa parecía verla.

—Estoy aquí —dijo tomándole la mano.

—Lo harás bien —bisbiseó Marisa, tan bajo que a Triana le costó entenderlo.

El cuerpo de Marisa se estremeció y las lágrimas que se deslizaban mejilla abajo se detuvieron, como congeladas en el tiempo. De forma involuntaria la espalda de Triana se arqueó; cerró los ojos y se le abrió la boca; un leve roce en el cielo le indicó que algo entraba.

La melodía fascinante se había transformado en

una reconfortante calidez que anidaba en su pecho. Los fragmentos del alma de Ladón se afanaban por instalarse en su interior.

Un suspiro salió de entre los labios de Triana, justo en el mismo instante en que el cuerpo de Marisa acusaba el último estertor. Ambas mujeres quedaron inertes en el suelo, la una sin vida, la otra desmayada.

No fue consciente de lo que sucedió en las horas siguientes, estaba demasiado ocupada haciendo sitio a un alma fragmentada en el reino de los sueños.



Por eso, cuando al despertar en una cama con las sábanas limpias, una ropa que no le pertenecía, con vértigos y el peor dolor de cabeza que había tenido en su vida, se sintió desconcertada. Alguien le acercó una bolsa para que vomitara, por suerte y sin que lo pidiera, pues se sentía incapaz de salir de la cama.

—Es normal, los tres primeros días, mientras tu cuerpo se acostumbra te sentirás así de mal. Te aconsejo que duermas, hables lo menos posible y no comas nada, solo bebe —aconsejó una mujer. Triana reconoció en su vestimenta negra la figura que había irrumpido en la casa terrera por la ventana.

—¿Quién... quién...? —se esforzó en preguntar, aunque el mareo le impedía centrarse y hablar con normalidad.

—Shhs, no te preocupes, no hables —volvió a insistir ella—. Todo está bien, hemos puesto a dormir en la habitación de al lado a tu padre mientras decidimos qué hacer y tú te recuperas. Esta noche nos ocuparemos del cuerpo de Marisa, justo es que descansa en terreno sagrado de la diosa, allá donde Ladón sucumbió. Mira —indicó abriendo la mano para mostrarle un colgante igual al que Marisa había usado para abrir la casa cueva que escondía el jardín de las Hespérides—, es una de las tres llaves que existen, sé que tú tienes otra porque eres la sucesora. Nosotras velaremos por ti al principio. Nadie mejor que las guardianas para iniciarte y mostrarte todo lo que tu antecesora no pudo. Ahora llevas su legado en tu interior y por tanto sus poderes son tuyos. Te enseñaremos a controlarlos y manejarlos.

La mujer se vio interrumpida cuando la puerta de la habitación se abrió.

—He traído unas papas arrugadas y... ¿Ya ha despertado? —curioseó una niña acercándose a ella—. Oh, Triana, qué ganas tenía de poder hablar contigo por fin. Somos las guardianas de los dragos y estamos

aquí para ayudarte, porque a partir de ahora, nosotras tres somos como hermanas.

Y a pesar del dolor de cabeza, de los vértigos y las arcadas, Triana sintió paz en el corazón, una nueva era comenzaba para ella, lo hacía con dolor; prometía traer también experiencias maravillosas y, tal y como le había recomendado Marisa, estaba dispuesta a dejarse arrastrar por las emociones y vivir. Quizá no era perfecto, quizá no era lo que siempre había soñado, pero sentía que estaba en el lugar y el momento correcto.



3

R E L A T O T R E S

EL PRIMERO

KRAKEN

EL KRAKEN AÚNA CUATRO ESCRITORES: ALEJANDRO MARÍN, BORJA ALONSO, CARLOS CALLEJA Y FRAN MONTERO, COMPAÑEROS Y AMIGOS DE LA ACADEMIA CAJA DE LETRAS. BIEN POR SEPARADO O EN PAREJA, HAN PUBLICADO MULTITUD DE RELATOS CON EDITORIALES COMO HELA, FREYA O LABNAR. TAMBIÉN SON LOS AUTORES DE NOVELAS COMO *LA SIEMBRA DE PLATA* Y *GRUMO Y MOSQUITO*. *EL PRIMERO* ES UN RELATO ESCRITO A OCHO MANOS QUE DA ORIGEN A UN UNIVERSO DE FANTACIENCIA.



¡HAZ CLIC EN EL ICONO PARA SEGUIR A LOS AUTORES DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



No era la primera vez que Vardibaum acababa en prisión, ni mucho menos. De hecho, había perdido la cuenta de las veces que se había fugado de una celda de estasis, quebrado un pentagrama de ligadura arcaica o liberado de un geas. Cosas de la memoria, que se volvía falible cuando uno era inmortal. Lo que le molestaba de aquella situación no era estar encerrado, sino que aún no le hubieran explicado el crimen que supuestamente había cometido. Su larga experiencia en la materia le decía que aquello olía a traición, pero quería estar seguro antes de fugarse. Al fin y al cabo, podía hacerlo cuando le viniera en gana.

«Más sabe el diablo por viejo que por diablo» se decía, y él era un claro ejemplo de esto.

Las luces de neón de la celda se encendieron y empezó a sonar un hilo musical de ascensor. Significaba que estaban a punto de llevarle la única ración de alimento diaria. Se encontraba en un cubículo cuadrado de metal cuya única decoración a la vista era la puerta de la celda y una rejilla en el suelo para hacer sus necesidades.

—Esta es la última oportunidad que os doy, ¿me oís? —dijo, hablando hacia el techo. No había ninguna cámara o interfono a la vista, pero le parecía más que obvio que lo estaban monitorizando—. Me estoy aburriendo, así que responded: ¿por qué coño me habéis encerrado?

De pronto, escuchó un zumbido al otro lado de la puerta y por un momento Vardibaum se animó. Por fin se le iba a presentar el típico torturador lleno de confianza y orgullo que le aclararía qué hacía ahí. En su lugar, una sección de la puerta se hizo a un lado y por ella entró un brazo mecánico sujetando una bandeja hermetizada.

—¡Oh, venga, ya! —bufó, hastiado—. En fin, no diréis que no os lo he advertido...

Vardibaum se imaginó al que lo estuviera vigilando. Seguro que se estaría carcajeando ante su

bravuconería. El brazo mecánico atornilló la bandeja en unas hendiduras del suelo. Después, desapareció. El hilo musical se cortó y empezó a sonar una cuenta atrás, el tiempo del que disponía para comer antes de que se llevaran la bandeja.

Se acercó a la puerta y se sentó con las piernas cruzadas. El campo de fuerza que hermetizaba la comida se disipó. El menú era el de todos los días: una carne grasienta y quemada, acompañada de un complejo vitamínico gelatinizado. Muy salado, por cierto. Todo deshuesado y dispuesto para que no fueran necesarios los cubiertos, claro. Seguro que «ellos» estaban al tanto de aquella ocasión en la que se había fugado de un pozo de sacrificios *aetiano* valiéndose tan solo de un hueso de pollo. Esa cena estaba diseñada para que no pudiera usar nada de ella para escapar.

O eso era lo que creían.

Mientras comía, aparentemente con hastío, fue mezclando en un rincón de la bandeja la grasa con la ceniza carbonizada de la carne, formando un engrudo. Cuando tuvo la cantidad suficiente, Vardibaum empezó a trazar en el suelo una serie de glifos arcanos. Un hechizo como ese requeriría semanas de preparación y estudio. Era necesario calcular una ruta segura a través del éter, calibrando cada runa y ajustándolas al sujeto que pretendía embarcarse en ese viaje entre dimensiones. Lo que él estaba haciendo en el frío suelo de la celda era equivalente a que un escultor diera forma a su obra magna a ciegas, de espaldas y usando dos picahielos como cinceles. Ah, y todo en cuestión de segundos.

Con las manos aún manchadas de grasa y ceniza, se levantó de un salto y se puso en el centro del círculo de teletransporte. Una vibración sorda recorrió el complejo, sin duda algún tipo de medida de seguridad que venía de camino a por él. Vardibaum pronunció el hechizo y las runas del suelo prendieron. En unos instantes empezaría a notar esa sensación de vértigo tan característica justo antes de desvanecerse en la nada...

El círculo de teletransporte no reaccionó. Vardibaum levantó una ceja y se quedó en una pose algo ridícula, con las piernas inclinadas y las manos levantadas.

—¿Qué? ¡Oh, no me jodas!

No se encontraba en una prisión de tecnomantes, como había supuesto desde el principio, sino en una celda diseñada por algún archimago o cábala de altísimo rango, pues eran los únicos que podían llegar a bloquear un hechizo como el suyo. Toda aquella parafernalia de la música, las luces de neón y el brazo

mecánico debían de estar ahí para engañarlo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de ese truco barato!? La vibración fue a más. Estaban cerca.

«Vale, entonces, si los que me han apresado son magos, la tecnología que manejarán será muy limitada», dedujo. «Cojonudo. Es hora de pasar al plan B».

Se metió la mano en la boca, agarró una muela falsa y se la arrancó sin esfuerzo. Con toda su rabia, la arrojó hacia la puerta. La pequeña cápsula de esmalte se hizo pedazos. Al momento, los nanobots que había en su interior se adhirieron a la puerta y comenzaron a devorarla con intención de usar su composición metálica para autorreplicarse.

«¡Creced, multiplicaos, convertíos en mis armas!», pensó, pues los nanobots respondían a sus pensamientos gracias a uno de sus implantes neurales. Los pequeños robots empezaron a devorar la puerta, pero de pronto se detuvieron. Él lo sintió como si algo se hubiera apagado en su cabeza. Otra señal exterior acababa de bloquear su comunicación.

Los nanobots comenzaron a desplegarse y formaron dos sencillas palabras:

«Buen intento».

¿Así que se hallaba en una prisión que mezclaba la más alta tecnología con la seguridad de una cábala de nigromantes? Algo insólito. Se notaba que sus captores lo habían investigado a conciencia. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Por fortuna, no tuvo que esperar demasiado para salir de dudas. Cuando la vibración alcanzó su máxima intensidad, de repente, se abrió la puerta. Vardibaum sopesó la vieja pero efectiva técnica del «pies para qué os quiero», pero, por algún motivo, optó por mantenerse quieto. ¿O tal vez algo había interferido en sus pensamientos?



Una figura encapuchada entró en la celda con total parsimonia. A ojos de Vardibaum, era una sombra brumosa que a veces adoptaba la silueta de un hombre cubierto por un manto. Otras, perdía consistencia y su morfología parecía mutar entre un disco de brea y un paramecio de casi dos metros de alto.

—No te molestes, Vard-ab-Haumeth. Hemos intervenido tus conexiones neuronales para que te sea imposible discernir mi verdadera apariencia.

«¿Aquella abominación se había referido a él con su nombre-de-linaje?», pensó mientras se esforzaba

inútilmente por recuperar el control sobre su cuerpo. Tal vez había subestimado a sus captores.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí?

—Eso carece de importancia en este momento. Con respecto a tu segunda pregunta, vas a trabajar para nosotros.

Su interlocutor mantenía una calma absoluta. Él, por el contrario, estaba poniéndose cada vez más nervioso.

—Pese a que es evidente que sabes muchas cosas de mí, sombra, pareces haber obviado una de las más importantes. Jamás trabajo gratis ni por imposición. Y dudo que podáis pagar mis honorarios.

—Siempre hay una primera vez para todo, mercenario. Incluso para la muerte definitiva.

—No para mí —repuso—. Da igual lo que me hagáis. O, mejor dicho, lo que intentéis hacerme. Tan pronto como mi unidad central deje de emitir la señal de persistencia, mi siguiente clon se activará en el centro de alta seguridad. Una papilla nutritiva, una actualización de recuerdos que, por cierto, descargué hace una semana, y en poco tiempo estaré listo para seguir con mi vida. Ni siquiera tengo por qué escucharte.

—Como te he dicho, siempre hay una primera vez para todo —zanjó la negrura gelatinosa y, de nuevo, Vardibaum tuvo la sensación de que estaba siguiendo a pies juntillas un guion—. Observa.

La sección de la puerta volvió a retirarse y de nuevo apareció el brazo mecánico. Esta vez sujetaba un cilindro fino y oscuro, semirrígido y con una hendidura a lo largo.

—¡Genial! —exclamó Vardibaum—. *Holoarte* gratuito.

El tubo-proyector comenzó a emitir una sucesión de imágenes. Sin sonido, toda una muestra de *holoarte* vintage. Reconoció con rapidez el Centro de Clonación Haumeth.

Aquel lugar, una fortaleza de hormigón y acero tecnificado, era la empresa donde trabajaba Arbith. Arbith Haumeth, la responsable de calidad en la clonación, era la joven heredera de una fortuna incalculable. También era su humana-enlazada.

La proyección parecía provenir de las cámaras de seguridad del recinto. Vardibaum pudo verse a sí mismo recorriendo uno tras otro los pasillos. Era la zona restringida, fácilmente reconocible por la iluminación indirecta y las paredes de hormigón pintadas de magenta. Solo para personal autorizado. Pero él lo estaba. Hasta ahí, todo normal. Sin embargo, la fecha de la grabación sobreimpresa en la proyección no coincidía con

la que tenía en sus recuerdos. Sí, había estado allí unos días atrás. Él mismo se lo acababa de decir a su captor. Pero según el vídeo, había regresado después, hacía cuatro días.

Vardibaum dirigió una mirada de soslayo a la masa informe que aguardaba como un espectro junto a él.

—Esto no va a ningún lado —murmuró con voz rasposa—. Hasta un crío de baba puede manipular las imágenes a su antojo.

—Continúa observando la proyección, Vard-ab-Haumeth.

Sin darle demasiada importancia, continuó con el visionado. Que acudiera al despacho de Arbith era perfectamente normal. Ella, sentada tras la mesa de caoba natural, se levantó al verlo entrar para saludarlo. Eso sí, en su cara se podía ver una pequeña mueca de sorpresa. Antes de que el tubo-proyector terminara de emitir imágenes, lo último que pudo ver Vardibaum fue cómo asesinaba a sangre fría a su enlazada. Un beso fugaz, una suave caricia en el pelo negro y ensortijado de ella, una mano deslizada con sutileza tras su nuca preciosa. Un pequeñísimo punzón de titanio, oculto entre los dedos, clavado en el sitio exacto. Era la misma muerte que Vardibaum solía regalar a las víctimas cuando no deseaba que sufrieran. Una muerte despreciable y piadosa a partes iguales.

—¡Esto es una puta mentira! —gritó, arreciado por el dolor.

Vardibaum se giró y trató de golpear con todas sus fuerzas al ser tenebroso. Una vez más volvió a sentir aquella resistencia, aquella imposibilidad de actuar según sus designios. El espectro en sombras se giró hacia él, muy despacio, y lleno de templanza dijo:

—Hasta para asesinar a quien uno idolatra hay una primera vez, Vard-ab-Haumeth. —El carcelero hizo una pausa deliberadamente larga—. Aunque ahora que lo pienso, probablemente ese ya no sea el nombre que te corresponda.

—No pensarás que me voy a tragar esta patraña, ¿verdad?

—Por supuesto que no, mercenario. Tú mismo te encargarás de comprobarlo. —Vardibaum se volvió para contemplarlo, olvidando una vez más que aquel archimago, tecnomante o lo que fuera, no tenía rostro—. Volverás al complejo de clonación, aprovechando todo el revuelo que se ha formado allí. Con suerte, todavía no te habrán retirado las credenciales de la zona restringida.

—Vamos con la pregunta de rigor —dijo, algo quisquilloso. «¿En realidad estoy en posición de elegir?»—. ¿Qué ocurrirá si me niego?

—Muy sencillo. Eres culpable de asesinato, tú mismo lo has visto. En cuanto se sepa, como es natural, tus clones serán erradicados, y tu *original*, despertado y encerrado. Después, simplemente, permanecerás en esta celda hasta que mueras deshidratado.

El estómago le dio un vuelco y sintió que estaba a punto de vomitar la gelatina.

—Supongamos que me creo toda esta locura y me cuelo en las instalaciones Haumeth. Después, ¿qué?

—Te encargarás de destruir todos los clones que existan de Arbith y de traer aquí a la *original*. A su entrega, nosotros liberaremos los bloqueos neurales que te hemos instalado.

—¿Y ya está? ¿Asunto arreglado?

—Con la salvedad de que nosotros venderemos el *original* de Arbith a sus progenitoras por una cantidad ingente de créditos y seremos terriblemente ricos. Tú serás libre, y en poco tiempo podrás regresar a los brazos de tu enlazada, como si nada hubiera pasado.

Vardibaum se relamió los labios, meditabundo. Era evidente que había subestimado a sus captores. También lo era que había algo extraño en todo aquello. Estaba acostumbrado a pasar temporadas en prisión, pero también a escapar en cuanto se lo proponía. Y no conseguirlo le daba muy mala espina. Sus problemas de memoria, seguramente provocados por las continuas copias de seguridad de sus recuerdos, se la habían jugado en más ocasiones de las que le gustaría reconocer. Además, verse en el tubo-proyector había sido un golpe duro, aunque sabía que ese no podía ser él. Simplemente, no podía estar al mismo tiempo fuera de la celda y dentro, pues el vídeo tenía cuatro días, tantos como él llevaba encerrado. Le estaban mintiendo. Intentaban manipularlo.

Y no había nada que odiara más que la manipulación.

Observó a la figura, donde suponía que debía de encontrarse el rostro, y gruñó.

—De acuerdo. —La bruma se deformó en una mueca extraña que Vardibaum solo supo interpretar como una sonrisa.



Todo había sucedido a un ritmo vertiginoso desde que *aceptó* el encargo. Desbloquearon la mayoría de sus conexiones sinápticas. No les quedó más remedio,

al fin y al cabo, si pretendían que se colase en una de las instalaciones más seguras del planeta y destruyera su activo máspreciado.

Los pasillos eran amplios, de paredes e iluminación blancas. Todo muy aséptico. Hasta que llegó él, claro, momento en el que se habían activado todos los sistemas de defensa. «Ahora solo tengo que comprobar qué me dejan hacer». Decenas de ráfagas de energía estallaban contra él o se enredaban en sus miembros, en un intento vano por detenerlo. El bramido de las alarmas ahogaba cualquier otro sonido, incluido el de los disparos. El mercenario alzó una mano, conjuró un hechizo y, al momento, una docena de soldados se volatilizó. Con la mano libre y un gesto descuidado, trazó un glifo en el aire. El espacio ante él se contorsionó, el pasillo vibró y las paredes se combaron hacia dentro antes de que se produjera una implosión tan rápida como silenciosa. Sonrió.

Cubrió la veintena de metros restantes del corredor, ya vacío, y llegó a un giro a la derecha. Más allá estaban los depósitos de clones de los directivos y altos cargos, entre ellos, presumiblemente, también los de Arbith, si es que de verdad estaba muerta.

«No deberíais haberme forzado a esto».

Llegó a una sala de techos altos, gobernada por centenares de depósitos de unos siete metros de altura. Durante al menos un minuto, nadie le salió al paso, aunque no se hacía ilusiones. Sabía que entre las defensas del laboratorio se contaban los especialistas más mortíferos. A fin de cuentas, lo contrataron a él en la fundación para ponerlos a prueba. Solo era cuestión de tiempo que...

Las luces se apagaron y sintió, más que escuchó, cómo los depósitos se elevaban y se introducían en las celdas de protección. Respiró profundo media docena de veces. Sabía que si no habían cambiado los protocolos, la fiesta que se iba a organizar en un momento iba a requerir de todos sus esfuerzos. A continuación, todo sonido quedó amortiguado tras el zumbido estático característico de los sistemas de defensa. La estancia se llenó de un penetrante olor a ozono.

Vardibaum adaptó la vista a la oscuridad. Un inmenso mecha de combate se alzaba a treinta metros de él, flanqueado por dos pelotones de soldados acorazados, todos ellos protegidos por un escudo de energía. Tras ellos, un archimago y un tecnomante se elevaban entre corrientes de aire que crepitaban con cada oscilación.

«Parece que esto por fin se va a poner interesante».

Se crujió los dedos y se abalanzó sobre las tropas, recibiendo con indiferencia los primeros disparos. De su mano izquierda, llena de runas marcadas a cuchillo en su carne, surgió una bola de oscuridad que engulló uno de los pelotones y lo lanzó al fondo de la sala. Cuando se disipó, los soldados habían dejado caer las armas y se arañaban la cara y los brazos como si trataran de arrancarse la carne de los huesos.

El archimago lanzó sobre él una oleada de energía pura que lo arrojó varios metros por los aires. Al mismo tiempo, el tecnomante parecía rezar delante del *mecha* mientras realizaba complejos movimientos con las manos y dibujaba runas en el aire. Esos dos no figuraban en las primeras versiones de los protocolos de defensa. Iban a ser rivales formidables.



El mercenario se levantó con pesadez y analizó la situación. El pelotón que restaba no era más que una distracción, una pequeña molestia dispuesta para entretenerlo. El archimago, por sí mismo, podría ponerle en apuros, pero acompañado del tecnomante y el *mecha*... En cualquier caso, no terminaba de comprender toda esa hostilidad. Él no había matado a su humana-enlazada, ¿no? Estaba seguro. Lo bastante seguro, al menos. ¿Por qué entonces todo aquello? Quizá lo único cierto de las patrañas que le habían mostrado en el tubo-proyector fuera que alguien la había asesinado y querían cargarle a él la responsabilidad. Eso encajaría con la actitud esquiva que había tenido la sombra en la celda.

De pronto, una voz proveniente del final de la estancia cortó el hilo de sus pensamientos. Una voz que lo atravesó de parte a parte.

—No te esperaba por aquí. Al menos, no con el revuelo que tenemos organizado últimamente.

Arbith.

Vardibaum levantó la vista hasta los enormes ventanales de la parte superior de la pared a su derecha, los cuales daban al lujoso despacho de Arbith. La mujer le miraba desde allí con los brazos cruzados, altiva y claramente enfadada. El mercenario sonrió. Tal y como sospechaba, se la habían intentado jugar, pues era imposible que hubiesen activado tan pronto su siguiente clon; la fecha que marcaba el vídeo de seguridad indicaba que el presunto asesinato se había llevado a cabo hacía cuatro días, y hacía falta un mes para activar un clon por completo. Suspiró, aliviado.

—Te va a parecer un tópico, pero esto no es lo que parece —dijo el hombre con jovialidad, abriendo los brazos y mostrándole su más encantadora sonrisa, esa con la que tantas veces la había desarmado y terminado discusiones.

—Lo que parece, desde luego, es que te has abierto paso a sangre y fuego para llegar hasta aquí. Los motivos no me importan nada en estos momentos.

Hubo unos segundos de silencio, rotos por el runrún de los servomotores del *mecha*. Este, al igual que los magos y los soldados restantes, permanecía en guardia, a la espera de recibir órdenes.

—Pero sí que importan, Arbith. Pensaba que habías muerto. Querían obligarme a... tenía que asegurarme de que, tal y como sospechaba, todo era mentira. ¡Y lo es, joder! Tenía que venir a hablar contigo y aclarar las cosas. Así que, ¿por qué no retiras las medidas defensivas y hablamos como personas civilizadas?

—Morí —respondió ella—. O mejor dicho: tú me mataste.

La sonrisa de Vardibaum se esfumó.

—Imposible. Fue hace menos de una semana. No habría dado tiempo a...

—¿Menos de una semana? —Arbith sonrió. No supo discernir si con tristeza o con enfado—. Quizás lo fuera para ti, pero la verdad es que hace dos meses entraste en mi despacho y me clavaste un punzón de titanio en la nuca. No es algo que se pueda olvidar fácilmente.

Reculó, confuso. ¿Dos meses? Su mente comenzó a funcionar a toda velocidad, intentando encontrar sentido a todo aquello. ¿Quizá fuera otro lapso en su memoria? No, no era posible; nunca eran tan largos y, además, en sus cuatro días como prisionero había rememorado el último año al completo, intentando encontrar el motivo de su encierro. Por otra parte, las *nanomáquinas* en su sangre y sus hechizos de protección hacían imposible borrar o implantar recuerdos nuevos. O quizás...

—No te esfuerces, no encontrarás la solución a esta paradoja —interrumpió otra voz. Y si la de Arbith lo había sorprendido, esta lo dejó completamente estupefacto, pues, ¿no era acaso su propia voz?



Miró hacia el lugar de donde procedía, hacia los soldados y el *mecha*. Caminando entre ellos se vio a sí mismo, avanzando con paso relajado y una sonrisa dibujada en los labios. «¿Siempre parezco así de

petulante?», pensó al reconocerse. Instantes después, su cerebro volvió a funcionar y comenzó a hacerse las preguntas correctas.

—¿¡Qué está pasando!?! —gritó a su otro yo—. No puede haber dos clones activos de la misma persona. La carga neuronal...

—Le freiría el cerebro al *original* criogenizado, sí —le cortó el otro Vardibaum—. Pero no debes preocuparte por eso. De hecho, no debes preocuparte por nada más.

—No entiendo...

—Evidentemente. Y ese era el plan, desde luego.

La respuesta le enfureció. Vale que se la quisieran jugar, vale que lo hubiesen metido de cabeza en una situación imposible. Pero nadie le iba a llamar imbécil a la cara. Ni siquiera él mismo. Comenzó a reunir poder. El vello se le erizó y la piel le vibraba sutilmente. Su oponente pareció darse cuenta, porque soltó una risa seca.

—Antes de que intentes arreglar este entuerto de la única manera que sabemos, déjame explicarte por qué vas a morir; es lo mínimo que mereces, desde luego.

—Te veo muy seguro —le respondió, sonriendo con salvajismo—. Siempre me he preguntado qué pasaría si dos clones míos se enfrentaran. ¿Cuántas ciudades acabarían destruidas? ¿Cuántas...?

—¿Clon? —Ahora fue su rival quien esbozó la misma sonrisa—. Yo no soy un clon. Soy el *original*. El Primero.

El pasmo hizo que el poder invocado le abandonara y se evaporara en el aire, haciéndolo crepitar. ¿El Primero? ¿El Vardibaum real, despierto? No podía ser cierto. ¡Era absurdo! ¡Demasiado peligroso! «¡Si mueres ahora, será definitivo!», le quiso gritar, pero no pudo emitir sonido alguno; el estupor le estrangulaba.

—Verás, me temo que no eres más que un instrumento, un arma cargada destinada a destruirme... destruirnos; para mí también es una situación confusa, no creas. Te preguntarás quién de todos nuestros enemigos está tan loco y tiene tanto poder como para llegar a Arbith, hacerme despertar y crear esta situación absurda. Y la respuesta es sencilla: yo mismo.

—No entiendo qué... —comenzó a susurrar, enfadado consigo mismo por no conseguir hilar suficientemente rápido sus ideas como para retomar el control de la situación.

—Paciencia, déjame continuar. Sospecho que, en algún momento reciente, uno de mis clones encontró lo que ahora llaman *La Palabra de Cthurath*, el supuesto hechizo con el que el Dios de Muchas Caras creó el

universo. Con él, mi clon intentó llegar a la inmortalidad absoluta: un cuerpo que no envejece, indestructible y poseedor de un poder divino. Pero el universo es muy tiquismiquis con las formas, y no permitiría ascender al rango de semidiós a alguien con la existencia dividida.

—El *original* y el clon activo.

—En efecto. Así que ese clon decide que, puestos a elegir, él debería ser el elegido. Es absurdo, lo sé —dijo, adelantándose a sus palabras—; no dejamos de ser la misma persona, pues al morir sus recuerdos pasan al siguiente clon y se suman a los del Primero. Pero verás, ese poder... corrompe la mente, lo que lleva a tomar decisiones, digamos, *equivocadas*. Como sea, el clon decide que el *original* ya no es necesario. Y como este está protegido en el interior del Centro de Alta Seguridad, veinticinco pisos bajo el nivel del suelo repletos de hechizos, soldados, robots, *mechas*, hechiceros y bestias, urde un enrevesado plan para acabar conmigo.

Caminaba a su alrededor tranquilamente mientras hablaba, con una mano a la espalda y gesticulando con la otra, como él mismo acostumbraba a hacer. Era exasperante.

—Primero viene a por Arbith —continuó—. Entra por la puerta sin levantar sospechas. ¿Por qué habría de tenerlas nadie, incluso ella? En fin, ya sabes lo que pasó. La mató y, en medio del revuelo, también robó dos cosas: un clon y una copia de la última carga de memoria que realizó antes de encontrar «La Palabra». Y aquí es donde se pone interesante. En algún momento se saca todos los implantes del cerebro que le unen a los servidores de Haumeth para desvincularse de mí y de los dispositivos de rastreo, vacía varias de mis cuentas bancarias y se monta su propia red de clones en el mercado negro para comenzar un nuevo, hum, *linaje*. Ya solo necesitaba librarse del *original*, de mí. Así que modifica los datos robados y mete un virus en ellos. Luego hace que, una vez que el clon se active tras introducirle esos datos, se borren los recuerdos de su despertar y asuma los de esa última descarga como válidos e iniciales. Y por último, de alguna forma, convence a ese clon de que debe venir al Centro de Clonación con el único fin de que muera entre sus paredes en una misión suicida. Lo cierto es que me puede la curiosidad —comentó, con una sonrisa avergonzada—. ¿Qué te dijo tu propio tú, mi propio yo, para convencerte y hacerte venir?

No fue capaz de responder. ¿Podría ser cierto todo

lo que acababa de escuchar? ¿Podría no ser *real*, de alguna enrevesada manera? Hurgó en sus recuerdos, buscando alguna inconsistencia, algo que pudiese desbaratar aquella locura. Recordaba claramente haber hecho una última descarga desde el terminal de su habitación. Pero, ¿qué pasó justo después? No lo tenía claro. ¿Qué más había dicho ese otro él? ¿A qué podía agarrarse para no negar su propia existencia? Para no...

—¿Has dicho un virus? —preguntó, cayendo en la cuenta de la importancia de ese hecho.

—Eso creo, sí. Como sabes, si mueres aquí, entre las paredes del Centro de Clonación, la carga de memoria es automática, sin pasar por los cortafuegos y antivirus exteriores. Me habría frito el cerebro de no haberme despertado Arbith justo después de activarse su nuevo clon. Supongo que mi copia se sorprendió al no enterarse de que me habían detenido tras *asesinarla* y que, por tanto, yo debía seguir en estasis. No le quedó más remedio que atacarme de forma remota.

—¿Has dicho eso *creo*? —escupió. ¿Estaba haciéndole dudar de su propia existencia y ese cabrón creía saber lo que pasaba? Fue el empujón que necesitaba para salir de la parálisis que le había atrapado, la salida del laberinto donde lo estaban metiendo—. ¿Qué pruebas tienes de que haya pasado todo lo que me has contado? Aparte del robo y el asesinato, ¿cómo sabes todo lo demás? Dudo que esa supuesta *copia* haya venido a contarte sus planes tal y como tú me los has contado a mí. ¿Sabes? Creo que mientes, que intentas confundirme. Que, al igual que mis captores, pretendes manipularme. No te dará resultado.

—Admito que no lo sé con certeza, pero en nuestros tres mil años de vida, es la quinta vez en la que un clon intenta acabar conmigo; siempre lo hacen por el mismo motivo y con estrategias parecidas.

—¿Cinco veces, dices? —se rio a carcajadas—. Buen intento. Creo que recordaría algo tan importante, ¿no te parece?

—¿De dónde crees que vienen los lapsos en tus recuerdos? Arbith se encarga de filtrar ciertas cosas antes de activar un clon, pero a mí las memorias me llegan completas. Cinco veces me han tenido que despertar para darme caza a mí mismo. ¡Cinco! Parece ser que estoy destinado a encontrarme con *La Palabra de Cthurath*, con *La Partícula de Dios*, con *La Semilla de Vida*, o como quiera que la llamen en cada momento —dijo con una sonrisa triste—. Pero viendo cómo me corrompe y me envilece este deseo recurrente, decidí

no solo no acercarme a ella, por mucha inmortalidad y poder que me otorgase, sino además modificar o cortar los recuerdos de mis clones de los hechos acontecidos. Y, de paso, limitar también el acceso de los mismos a la magia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No es evidente? —dijo mientras una marea de magia refulgía de repente alrededor de su cuerpo—. Que, aunque los clones son cada vez más poderosos, el *original* lo es muchísimo más.



—¿Te ha dado tiempo a rastrear la señal de su emisor?

—Sí, parece que ya tenemos la localización de ese bastardo —respondió Arbith mientras le daba un puntapié a los restos calcinados del clon de Vardibaum—. No sé cómo tienes estómago para destrozarte a ti mismo de esa manera.

—Te acabas acostumbrando al tercer clon que matas —bromeó el mercenario, acariciándole el pelo. La mujer se tensó durante un breve instante, tras el cual se relajó y sonrió. Se sintió, de algún modo, culpable por ello; ser asesinado por la persona que amas debía de ser una experiencia terrible.

—Ya, bueno. Aunque él no era tu enemigo, era tan solo un instrumento, como bien dijiste.

—Así es, pero no podía arriesgarme; bien podría haber tenido algún arma biológica en su interior, o algún hechizo de autodestrucción o cualquier mierda que se me... se le hubiese ocurrido a mi clon amotinado. Además, no te voy a mentir, necesitaba desempolvar mi cuerpo y mis poderes. Demasiado tiempo en esa nevera. Quizás quieras calentarme un poco...

—Será mejor que te lo tomes en serio, Vard —dijo Arbith, apartándole la mano de su culo—. Aunque seas más fuerte que él, el poder que extrae de *La Palabra* lo convierte en una amenaza a tener en cuenta. Si te matan ahora...

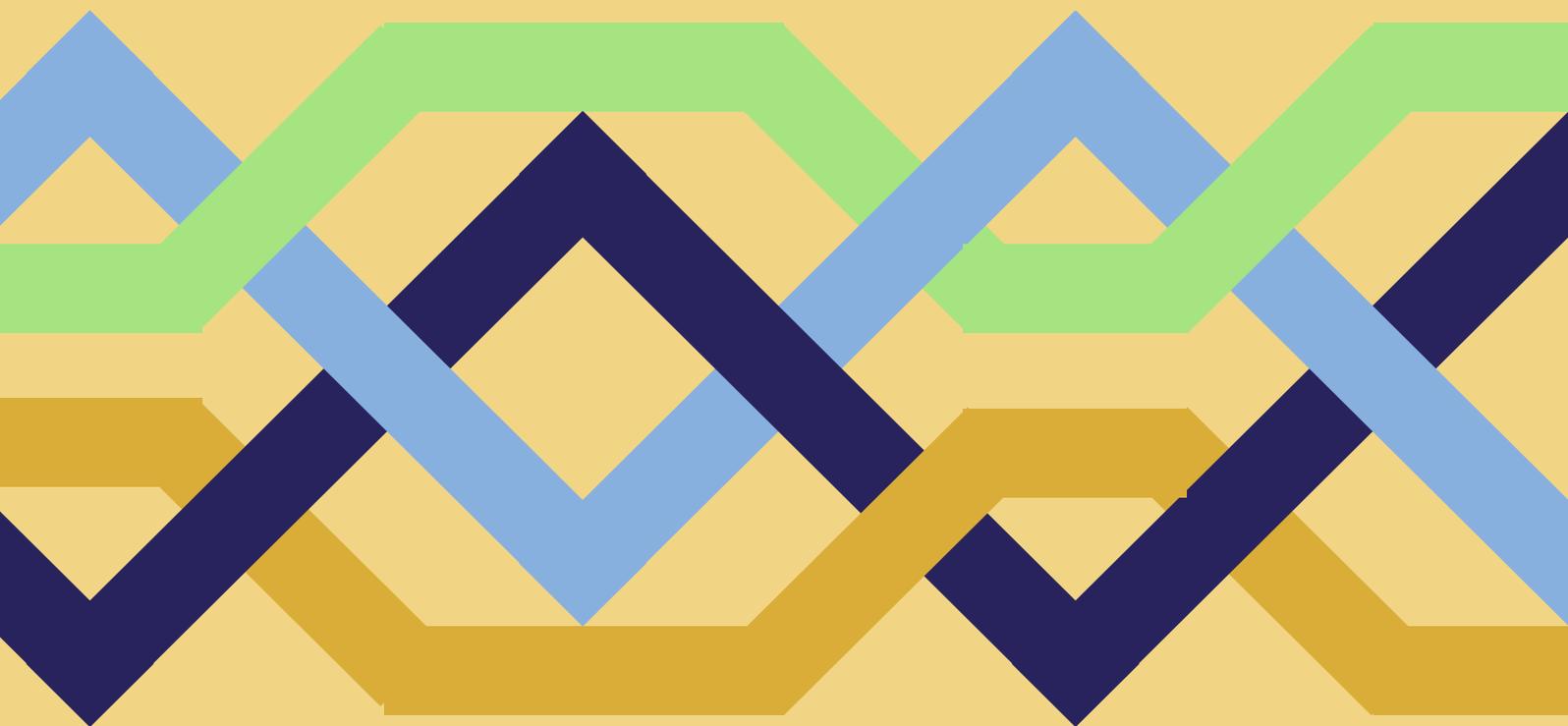
—Lo sé, lo sé. Descuida —respondió, dándole un beso—. No hay nada que temer. A fin de cuentas, yo soy el Primero.

4

R E L A T O C U A T R O

ASÍ HA DE SER

CARLOS CALLEJA Y
ALICIA B. RIERA



CARLOS CALLEJA (MADRID, 1980) Y **ALÍCIA B. RIERA** (BARCELONA, 1989) SE CONOCIERON EN LA ESCUELA DE NARRATIVA CAJA DE LETRAS Y SON AMANTES DE LA LITERATURA FANTÁSTICA Y LA CIENCIA FICCIÓN. DESDE ENTONCES COLABORAN EN LA CREACIÓN DEL MUNDO QUE SE PRESENTA EN *"ASÍ HA DE SER"*, DONDE TRATAN TEMAS RELACIONADOS CON EL ANSIA DE PODER Y LA LEALTAD. ACTUALMENTE SE ENCUENTRAN TRABAJANDO EN SU PRIMERA NOVELA JUNTOS



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LOS AUTORES DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

«*Lassorá iet Haorej* es el término que los Antiguos utilizaban para referirse a La Lengua de la Luz, conocida después como la Lengua Pura.

Como anécdota, señalar que la Cueva de la Luna, el lugar donde fue descubierta, obtiene su nombre de una leyenda arraigada entre las gentes de las montañas orientales. Se considera un hecho que fue un pastor quien encontró por casualidad los Textos Antiguos. Sin embargo, aun a día de hoy, los oriundos creen que aquella oquedad en la montaña apareció solo tras ser bañada por los rayos lunares.

El hallazgo de aquellos escritos abrió la puerta a la semasiología. Fue uno de mis ayudantes, Iyali de Manantiales, quien desentrañó el significado del primer término: *haor*, cuya traducción es la luz, lo blanco, lo puro.

Durante años, las *simanas*, familias de vocablos, fueron descifradas y agrupadas. Así fue como los sabios descubrieron que podían realizar hazañas maravillosas con solo hablar en voz alta la *Lassorá iet Haorej*».

«Extracto del Tratado sobre la Lengua Pura»
de la historiadora Yaretzi de Entrevales,
primerísima Gran Maestra de la Música.

El aviso llegó cuando los Grandes Maestros todavía se encontraban inmersos en la Asamblea.

Un hombre-de-metal-y-piedra irrumpió jadeando en la sala de los Nueve Tronos. Los Pronunciadores aguardaron pacientemente a que el guerrero pudiera hablar. Todos, excepto uno. El trono de fuego permanecía, como durante casi todas las reuniones, vacío. Era una talla exquisita de madera sagrada de ceiba negra, amplia y alta, cuyo respaldo semejava la forma de las llamas en una hoguera.

—Descansad, soldado —enunció con voz grave Yaztal, la Gran Maestra del Firmamento.

El hombre-de-metal-y-piedra asintió, sin atreverse a mirar a aquella mujer descomunal que dominaba la *simán* del Firmamento.

—*Ghador Môrés*, ¡arden los almacenes! —Los Grandes Maestros se levantaron con vehemencia de sus sitios—. El depósito de granos de cacao se ha derrumbado, el ganado reunido en el mercado ha escapado. La gente...

—¿Se puede saber dónde están mis ayudantes? —El Pronunciador del Agua golpeó la mesa con el puño. Alrededor de los párpados, pintados de añil de manera ornamental, las arrugas se hicieron más patentes—. Si no sirven para apagar fuego, ¿para qué los quiero?

—Desbordados, mi señor. Ya han agotado sus odres de agua.

—Maldita sea, ¿dónde está Teyacui cuando se le necesita? —exclamó Cipac, un hombre enjuto con la mirada cubierta de niebla.

—Yo iré a buscarlo —contestó de súbito una mujer mayor, *Ghador Môrar* de la Carne, con el pelo canoso recogido en un elaborado peinado—. Con seguridad llegará hasta el fuego antes que tú, Cipac.

El soldado, a la carrera otra vez, guio a los Pronunciadores. La Gran Maestra del Firmamento pronunció unas *simanas* en voz baja y, acto seguido, aun con ella encima, el trono se elevó dos palmos del suelo. Levitando por el aire, se dirigió a la salida de la sala oval. Cipac abandonó la estancia poco después, a paso más lento, palpando en su recorrido los respaldos de los restantes tronos vacíos. Evitando, como siempre, el del Gran Maestro del Fuego.



Cuando Teyacui apareció, con la Gran Maestra de la Carne a la zaga, el fuego ya devoraba los almacenes. Allí se reunieron con los hombres-de-agua. Las llamas se elevaban en un intento por lamer el cielo, violentas e impetuosas. Parecían burlarse de los embates inofensivos de los acólitos del agua, condenados a beber tras cada asalto para no deshidratarse.

—¡Reservad el agua restante! —ordenó Teyacui con la firmeza que le otorgaba el liderazgo de la Ómada del Fuego. Era un joven con los ojos adornados en varias tonalidades de pintura roja. Sin embargo, en su voz, en sus movimientos, había un aplomo y una seguridad imponentes—. Maczil os indicará el momento.

La mujer asintió con la cabeza, los hombres-de-agua llenaron los odres y se posicionaron entre los barriles restantes. Teyacui caminó hacia las amenazadoras llamas y, tras una respiración profunda, introdujo las manos desnudas en el interior del fuego.

Inició su pronuncia en voz baja. Las *simanas*, enredándose como una cuerda invisible en las lenguas ígneas, atrajeron el calor hacia él. El dolor era terrible. Sin embargo, no dejó de recitar la Lengua Pura entre dientes ni por un instante. El incendio comenzó

a disminuir su violencia, y fue entonces cuando la Gran Maestra de la Carne dio la orden. Los acólitos rociaron los almacenes con el agua de los barriles y los edificios quedaron reducidos a madera quemada y humo.

Los presentes comenzaron a vocear, alegres por la extinción del incendio. Pero los vítores se apagaron de repente cuando Teyacui cayó sobre las rodillas con un gruñido, atrapando los gritos de dolor en la garganta. Temblaba, febril, y tenía la carne de los antebrazos quemada, retorcida y sanguinolenta.

—¡Traed un *neshmáneth*! —ordenó Maczil, arrodillándose junto al *Ghador Môré iet Esh*—. Buen trabajo, hijo mío. Aguanta, te sanaré en cuanto lleguen.

No tardó en aparecer un pequeño grupo de soldados. Empujaban a un hombre-sin-alma. Los *neshmánethir* eran la escoria descartada, gente de cuerpos flácidos y deformes que, a cambio de dinero, accedían a corromper su propia carne en el acto de la sanación. Sin mediar palabra, el hombre se sentó junto a Teyacui y enterró la mirada en el suelo. No era, desde luego, su primera vez.

Maczil puso una mano sobre la carne maltrecha de Teyacui, con la otra aferró el brazo del hombre-sin-alma. La mujer murmuró una plegaria, un murmullo ininteligible que se enraizó a las extremidades que Maczil conectaba. Después llegó el alarido de dolor. El brazo del descartado se contrajo hasta adquirir un tono macilento, víctima de la podredumbre. A su vez, la piel abrasada del Pronunciador se regeneró. Tan solo quedaron unos surcos pendientes de cicatrizar como recuerdo de la hazaña. La escena se repitió con el otro brazo. Después, los soldados se llevaron en camilla al agónico desposeído.

El Gran Maestro del Fuego se levantó con orgullo y alzó los puños hacia el cielo con un bramido victorioso. El clamor de los ciudadanos y los maestros llenó el mercado, una celebración que se alargó hasta caer la noche, dejando en el olvido la carne sacrificada del *neshmáneth*. Sin embargo, la proeza de Teyacui sería una muesca más en la lista de logros del *Ghador Môré iet Esh*.



Las estrellas que salpicaban el firmamento empezaban a ceder su lugar a un incipiente amanecer. En las dependencias de Teyacui, sin embargo, nadie dormía.

—Por Agavhé, ¿quieres darte prisa? —gritó el Pronunciador. Tras la intervención en el mercado, tenía

los brazos cubiertos por vendas. Un lacayo, situado tras él, lo abanicaba con una hoja de palma—. Por cada palabra que escribes se me olvidan tres.

Reclinado sobre un diván, fabricado en madera negra de caoba y acolchado con cojines de plumas, el joven dictaba unas palabras a su *eveth*, el primero entre sus sirvientes, y el único que sabía manejar la tinta y el cálamo. Este se afanaba en transcribir con meticulosidad los vocablos que el Gran Maestro del Fuego conseguía traducir de un viejo papiro.

—Amo Teyacui, disculpadme. —El criado, un muchacho lampiño aovillado sobre unas tablillas, reprimió un bostezo de cansancio y aprovechó la interrupción para frotarse los ojos cansados—. Quiero hacerlo perfecto para vos.

—¡Deja de hablar y dale al plumín! —ordenó Teyacui—. Vamos, escribe: «atesorar». No es tan difícil.

El siervo agachó la cabeza y reanudó la tarea, mojando una y otra vez la punta del cálamo en un ungüento rojo oleaginoso. Tradujeron unos cuantos términos más, hasta que unos golpes suaves en la puerta de la estancia interrumpieron la tarea.

—¡Marchaos! —aulló Teyacui.

La puerta, pese a todo, se abrió. La mujer con el cabello canoso, Maczil, se internó en la alcoba.

—Hijo mío, solo vengo a preguntar cómo estás. ¿Necesitas otra cicatrización?

—*Immêi*, ¿cómo quieres que esté? —Desde el diván, el joven alzó los brazos envueltos en delicada seda e hizo un gesto de hastío—. He perdido toda la noche. Tengo un imbécil por escriba.

Maczil, con un ademán de la mano, ordenó al *eveth* que abandonara la habitación.

—Tú sigue abanicando.

Acto seguido, armada con una sonrisa cargada de comprensión, se sentó junto a su hijo.

—Todos tenemos un lugar en esta jerarquía, Teyacui. —Mientras susurraba, Maczil examinaba los vendajes de su hijo, como si sus palabras suaves pudieran aplacar la carne febril—. Tú eres sabio y poderoso, *iêred*. El primero entre los nueve Grandes Maestros. Sin embargo, tu *eveth* nunca recibió ninguna instrucción. Manejar el plumín y los óleos con maestría está fuera de sus capacidades. Así ha de ser.

El lacayo que abanicaba realizó una profunda reverencia al escuchar esas palabras.

—Así ha de ser —corroboró Teyacui. Se quedó mirando las manos, con las palmas vueltas hacia él, algo

atribulado—. Sin embargo, el resto de *Ghador Môrés* están acomodados en su poder, en esa jerarquía que tú misma mencionas.

—Lo sé, hijo mío.

—No sienten ese interés por las *simanas* —murmuró tras unos instantes de reflexión—, Lo que han llegado a poseer es solo una parte ínfima de lo que nos aguarda. Y, tarde o temprano, lo demostraré. Mis traducciones de la Lengua Pura lo demostrarán.

—Tu perseverancia por desvelar los secretos de las *simanas* terminará por dar fruto, *iêred*. Estoy convencida de ello. Solo tú conoces el límite de tus capacidades. —Maczil se levantó del diván y lo besó en la frente—. No obstante, deberías descansar. Esos Textos Antiguos han permanecido siglos enterrados bajo una montaña, supongo que pueden esperar una noche más.

—Tienes razón, *immêi* —respondió Teyacui con una sonrisa franca. Se volvió para observar cómo el alba comenzaba a rasgar el velo de las tinieblas—. Aceptaré tu consejo y enseguida me echaré a reposar.

—Buenas noches, hijo mío —se despidió Maczil, y salió de la estancia.

—Déjame solo —ordenó entonces al lacayo.

Cuando el siervo abandonó los aposentos de Teyacui, este se irguió y se aproximó hasta las tablillas donde su *eveth* había estado trabajando. Tomó el papiro, ignorando el dolor en los antebrazos, y leyó la traducción:

*«Al igual que el silencio domina las palabras
y las condena a morir,
un hombre puede atesorar el poder de otro,
condenándolo a guardar silencio para siempre.»*

Teyacui sonrió de pura satisfacción. Un brillo de determinación, imparable como el mordisco del hierro candente, apareció en sus ojos.

—Mucho me temo que voy a tener que puntualizar tus palabras, madre —murmuró, recordando la conversación con Maczil—. No existe límite para mis capacidades.



El divino disco solar, la representación de Agavhé en la tierra, renacía todos los días en su cuna para bañar de luz toda la creación. Cuando llegaba el ocaso, se sacrificaba con valentía por y para sus hijos, y se internaba en las tinieblas del inframundo para derrotar en combate a los seres oscuros que en ellas habitaban.

Maczil se encontraba apostada en los ventanales de su alcoba, observando el lento caminar por el cielo de la Diosa Emperatriz. Tras la visita a su hijo, en su rostro se reflejaba la preocupación. ¿Era buena la obsesión de su *iêred* por desentrañar todos los secretos de la Lengua Pura? ¿Fue el dominio completo de las *simanas*, el verdadero nombre de las cosas, lo que acabó con los Antiguos? ¿Hasta dónde aguantaría Teyacui, apenas sin comer, apenas sin dormir, antes de que se quebrara su voluntad?

Suspiró. Cerró los ojos por un instante y se obligó a repetirse a sí misma que una madre no puede controlar, ni debe hacerlo, todas las decisiones buenas o malas de un hijo. «Forma parte del aprendizaje en la vida», pensó. «Suyos han de ser los errores, de nadie más».

Agavhé ya gobernaba en el horizonte cuando llegó a la sala oval. Allí la esperaban el resto de Pronunciadores, salvo Teyacui. Apenas unos pasos tras el vano de la puerta, alguien rugió:

—No es suficiente con que no aparezca nunca el hijo, ahora también vamos a tener que esperar a la madre.

Maczil se detuvo. Habría esperado que aquellas palabras provinieran de Cipac, el Gran Maestro de la Luz. Sin embargo, quien había proferido el exabrupto había sido Yasztal, flotando en su trono, un par de pies sobre el suelo.

—Teyacui ha pasado la noche entre grandes dolores —repuso la *Ghador Môrar* de la Carne, tomando asiento en su trono—. Tiene los antebrazos en carne viva —mintió—. Todos deberíais mostrar un poco más de gratitud.

Cipac, ahora sí, golpeó en la mesa con los nudillos. La sala guardó silencio.

—¿Gratitud dices, Maczil? —rio con sorna—. En primer lugar, tu hijo se niega con rotundidad a nombrar maestros que aprendan la *simán* del Fuego. Tres han de ser los aprendices de cada Ómada, bien lo sabes. Sin embargo, Teyacui es muy receloso con su saber. Lo atesora y lo codicia cual urraca.

—Los almacenes de grano y cacao, calcinados, todavía humean —terció el Gran Maestro del Agua—. Sin la ayuda de los hombres-de-fuego, nuestras capacidades se reducen. No obstante, tu hijo estaba ausente ayer cuando surgió la emergencia, y los daños han sido colosales.

—La ruina de vuestros negocios es lo único que os preocupa —bramó Maczil—. Pero culpar a Teyacui siempre es el camino fácil. Os permite tener las conciencias

tranquilas.

—Debes estar más ciega que yo —dijo Cipac, alzando su pálida mirada turbia al techo de la estancia—. Solo así se entendería que no alcances a ver lo que está ocurriendo realmente.

Maczil le dirigió una mirada iracunda al *Ghador Môrê iet Haor*, el líder de la Ómada de la Luz, aunque el hombre no pudiese verla. Apretó los labios unos instantes antes de responder.

—¿Y qué está pasando realmente, Grandes Maestros?

La voz melodiosa de la *Ghador Môrar* de la Música inundó la sala.

—Los criados hablan y los rumores llegan hasta nuestros oídos también. Teyacui está trasegando con *simanas* que no le corresponden.

Maczil se giró hacia la mujer con súbita rabia. Ella, nerviosa, contrajo los puños.

—No me resulta extraño que tú, Gran Dominadora de los chismes y de los rumores, de las palabras controladoras, te atrevas a proferir semejante calumnia sobre mi hijo.

—Tu hijo ansía dominar las *simanas* —añadió la Gran Maestra del Firmamento. Su trono, de repente, se alzó hasta alcanzar la altura de las cabezas de los asistentes. La gruesa mujer estiró un brazo, fofo y grande como un muslo, y señaló uno por uno todos los asientos de la sala, hasta detenerse en la silla vacía de Teyacui—. Todas, sin excepción.

Maczil trató de responder, pero Cipac se le adelantó.

—Pasa las noches en vela, hurgando en los Textos Antiguos, y se olvida de sus obligaciones como Pronunciador. Si él hubiera estado aquí ayer, los daños de la ciudad habrían sido mucho menores. Si ya hubiera designado acólitos sucesores, hubieran ayudado a los hombres-de-agua a extinguir las llamas con mayor pres-teza. Y nuestros hombres-de-metal-y-piedra podrían haberse dedicado a buscar el origen del incendio, en lugar de estar corriendo de un lado al otro del palacio buscando a tu *iêred*.

La *Ghador Môrar* de la Carne tragó saliva, tratando de encontrar una réplica satisfactoria con la que callar al resto de líderes.

—Su única ambición es alcanzar mayores cotas de poder. Y ya sabemos qué pasa —continuó Cipac, poniéndose en pie de repente y señalándose a los ojos— cuando alguien ansía más poder del que puede controlar.

Maczil se irguió desafiante también, con las

mandíbulas apretadas. Al menos, aquel era el aspecto que dejaba ver. Por dentro, tal y como hacía Agavhé en cada atardecer, se hundía en el ocaso de sus propias tinieblas. En la cruel sospecha de que quizá tuvieran razón. Sin réplica que darles, abandonó la sala oval sintiéndose cobarde, frágil e impotente. Pues la criatura a la que debía enfrentarse, el monstruo que los Pronunciadores habían colocado en su propio camino por el averno era, por desgracia, carne de su carne.

Y jamás le haría daño alguno.



El disco solar estaba ya bajo, dispuesto para la batalla contra el inframundo. Parecía incendiar los campos al teñirlos con su luz crepuscular. Una hacienda se extendía sobre la campiña algodonera y, frente a esa finca, junto a los cultivos, la tensión de un encuentro entre el terrateniente y cuatro *Ghador Môrês* parecía cerca de estallar. Los esclavos se agitaban tras su amo, con la cabeza gacha, mientras el hermano de este, un hombre-de-madera, defendía el honor y la legalidad de la producción.

—Gran Maestro Semeel, con todos los respetos, esto es una locura —dijo el acólito del bosque a su superior. Mostró las palmas de las manos con honestidad—. Jamás se me ocurriría romper el juramento de silencio sobre la Lengua Pura para aumentar los beneficios familiares. Mi hermano ha encontrado una nueva forma de cultivo más efectiva.

—Silencio, acólito —ordenó Yaztal—. Yo he sido designada para dictar sentencia, y no lo haré según las excusas que podáis darme. El resultado dependerá de la verdad que relate el algodón y, por tu bien, espero que los hechos refrenden tus palabras. —Giró ligeramente la cabeza hacia el Gran Maestro del Bosque y señaló la plantación—. Semeel, ¿qué dice la vegetación?

El Pronunciador se dirigió hacia el cultivo y acarició las hojas con ambas manos, susurró unas palabras enigmáticas y prestó atención a la explicación silenciosa de las plantas. Teyacui observaba ansioso, frotándose manos y antebrazos con un aceite de olor dulzón. Estaba molesto porque lo habían obligado a abandonar los pergaminos para cumplir con sus obligaciones como *Ghador Môrê*, aburrido de una situación que sabía cómo terminaría desde antes de empezar.

—¡Por Agavhé! ¡Esto es una pérdida de tiempo! —espetó a los demás líderes—. Es evidente que ha roto el juramento. Aquí se ha usado la Lengua Pura sin

permiso. ¡El crecimiento excesivo del cultivo es prueba más que suficiente!

El terrateniente dio un paso hacia adelante en busca de calma.

—Con todos los respetos. Insisto en mi inocencia, Gran Maestro, y créame cuando le digo que...

—¡Silencio! —bramó Teyacui con un gesto brusco. Siseó unas pocas *simanas*. Una lengua de fuego alcanzó la túnica del propietario, junto con parte de la cosecha que tenía detrás. El líder de la Ómada del fuego dirigió una mirada iracunda a los demás Pronunciadores y gritó—: ¡Estoy hastiado de excusas y diplomacia! ¡El castigo debe ser severo e inmediato! ¡No podemos consentir que la Lengua Pura se extienda entre el populacho!

—¡El protocolo es sagrado! —sentenció Yasztal con gravedad—. Eres osado, pero el juicio lo emitiré yo.

—Comprendo que te preocupe el uso malintencionado de la Lengua Pura —intervino Maczil con tono conciliador, situándose entre los Grandes Maestros enfrentados—. Sin embargo, el temperamento ardiente no es propio de nuestra posición. La juventud y la inexperiencia te traicionan, Teyacui, por eso es tan necesario que nos acompañes y comprendas tus responsabilidades. No puedes decidir el destino de un hombre según te plazca. —Señaló al terrateniente, que se revolvía y chillaba en el suelo. Luego hizo un gesto hacia el Ghador Môré del Bosque—. Hagámoslo como es debido, *iêred*. ¿Qué te ha dicho el cultivo, Semeel?

—El algodón reconoce que recibió ayuda de la Lengua Pura —respondió, avergonzado. Entonces miró a su acólito—. ¿Cómo has podido ser tan estúpido?

—Culpable... —Yasztal saboreó la palabra.

—¿¡Cómo te atreves a romper tu juramento de silencio, traidor!? —estalló Teyacui alzando los brazos, iracundo—. ¡Arderás!

Maczil se apresuró a interponerse entre el acólito y su hijo.

—¡Piedad! —exclamó con las manos alzadas—. Por lo que más quieras, mi querido *iêred*, ¡ten piedad! Eres sabio, no cometes el mismo error dos veces.

Teyacui apretó los dientes y dejó caer los brazos. Tras una respiración profunda dijo:

—Como deseas, madre. Seamos piadosos y severos con nuestro castigo.

La piedad de Maczil consistió en corromper la lengua del acólito hasta consumirla. Semeel lo despojó de su túnica y le prohibió salir de los suburbios. Yasztal

fue menos considerada, pues mandó ajusticiar a los esclavos pasándolos por el metal y la piedra.

Cuando la Gran Maestra de la Carne le ofreció a su hijo sanar el brazo con el que había arrojado las llamas, él respondió que no era necesario, y lo ocultó bajo la túnica.

Pues, gracias a los recién descubiertos óleos, estaba ileso.



Abandonó la seguridad del palacio ataviada como una plebeya. Más allá de aquellas puertas que los separaban del populacho, la ciudad parecía dormida, apesadumbrada entre gruesos muros de adobe. A medida que se iba internando por sus callejuelas, descubrió que estaba del todo equivocada. Entrevalles palpitaba como la sonrisa de un recién nacido, ajena a la lentitud y a la parafernalia de sus atribulados gobernantes.

Se detuvo junto a un edificio ancho de techos bajos. El olor penetrante de la hierbabuena y los aceites esenciales anunció la presencia de las termas mucho antes de que pudiera ver la brumosa luz amarilla que se asomaba desde las ventanas. Antes de entrar, Maczil levantó la mirada y contempló el cielo nocturno colmado de estrellas, sin saber exactamente qué esperar de ellas.

Esquivó los baños públicos y se internó en las estancias privadas. Allí se encontró con Yasztal. La gigantesca mujer flotaba en una tinaja de metal, grande como la rueda de un carro, mientras su *eveth* y el resto de siervos se afanaban por limpiarle los pliegues de la piel y la espalda. Al verla, musitó unas *simanas* en voz baja y su cuerpo descendió hasta quedar sumergida casi por completo en la tina.

—¿Puedo saber qué haces aquí?

La Gran Maestra de la Carne miró a un lado y a otro. En el vapor era difícil cerciorarse de cuántos ayudantes había en la sala.

—Preferiría hablar a solas, Yasztal.

La Pronunciadora del Firmamento ordenó a los asistentes que salieran, y pronto estuvieron en compañía del silencio, rodeadas por el vapor opresivo de la sala de baños.

—He estado sopesando las advertencias que recibí en la sala oval. La conversación que tuvimos sobre Teyacui. Debemos hacerlo entrar en razón.

La gruesa mujer se removió en la tinaja, sorprendida, y provocó algunos salpicones de agua.

—Tú misma viste lo que ocurrió en la plantación de algodón el otro día, Maczil. El tiempo de hacerlo entrar en razón se nos ha escurrido como el agua entre las manos.

Yaztal entrelazó los dedos para formar un cuenco, lo sumergió en la tinaja y lo levantó frente a Maczil. Esta desvió la mirada.

—No será mi voluntad hacer daño a Teyacui.

—Él mismo terminará por causar su propia desgracia, como los Antiguos terminaron por sucumbir a su propia ambición. —Yaztal levantó un dedo admonitorio—. Tu hijo no es el único que lee los Textos Puros.

—Precisamente por eso he venido. —Maczil se acercó unos pasos a la tinaja y, de nuevo, bajó un poco más la voz—. ¿Y si alguien, de repente, encontrase un lugar recóndito plagado de nuevas fuentes de saber de los Antiguos? Un lugar alejado de Entrevalles que supusiera semanas de viaje.

—Tu *iêred*, sin duda, mostraría un gran interés por acudir cuanto antes a la zona.

—Exactamente.

Desde la garganta de Yaztal surgió un rumor grave de satisfacción que retumbó como en una caverna.

—Eso apartaría a Teyacui de su fuente de locura durante un tiempo.

—Pero, ¿y si descubre que todo ha sido un engaño? —dudó Maczil.

—Lo más probable es que abraza vivo a quien haya proporcionado la información.

—Un *neshmáneth* más, uno menos. —La Pronunciadora de la Carne se encogió de hombros—. Lo importante es separarlo de las escrituras.

Yaztal echó la cabeza hacia atrás, sumergiendo los cabellos en el agua tibia, y cerró los ojos por un instante. Comenzaba a visualizar el resultado del plan.

—No podemos simplemente robárselas —dijo, sin abrir los ojos—, pero sí que podríamos sustituir los escritos de los Antiguos por copias sin ningún significado.

—Yo había pensado en provocar un incendio cerca de sus dependencias.

Yaztal irguió la cabeza y miró en dirección a Maczil.

—¿Y quemar los Textos Puros? ¡No! —bramó—. Son mucho más importantes que nosotros. Además, estamos rodeados de hombres-de-metal-y-piedra, que impedirían cualquier ataque intramuros; y de acólitos del agua, que extinguirían el fuego con rapidez. Sigo pensando que es mejor sustituir los escritos.

Maczil asintió.

—Aun así, hemos de ser cautos —dijo ella—. No puede descubrir la falsificación.

—Desconfía de nosotros tanto como nosotros de él —añadió Yaztal. Y en su fuero interno, Maczil supo que tenía razón—. Tu hijo jamás se creará que el resto de *Ghador Môrés* deseamos enviarlo a él a la misión.

Yaztal guardó silencio mientras se colocaba una túnica amplia y vaporosa, de color azul índigo. Después, sonriendo, añadió:

—La Gran Maestra de la Música tenía razón cuando te dijo que los sirvientes hablan entre ellos. De noche, por los pasillos de palacio, hay muchos labios que no duermen. Solo tenemos que hacer que el rumor llegue, flotando como una dulce melodía, hasta los aposentos de Teyacui. Así ha de ser.

Maczil se sintió reconfortada tras hablar con Yaztal. La Pronunciadora era sabia y cabal. Comprendía que ella, como madre, buscaría cualquier tipo de solución antes que hacer daño a Teyacui, pero también era consciente, quizá incluso más que ella misma, de lo importante que era separarlo de su insana fuente de poder.

—Así ha de ser —respondió. Y salió a toda prisa de las termas.



Sus labios se separaron lentamente, como si aquel último beso tuviera que durar todo un otoño. Abrió los ojos con desgana, renunciando al ensueño de las llamas, que imbuían la habitación de calidez. Su *eveth* rebuscó entre las sábanas.

—No —susurró Teyacui. Acarició con la punta de los dedos la espalda de su ayudante—. No te cubras todavía. Disfruto con tu desnudez.

—Así ha de ser —respondió él, y se quedaron frente a frente, miradas elocuentes y silencio en las bocas, ofrecidas como fruta fresca.

—Amo Teyacui...

—Ni se te ocurra llamarme así —lo cortó el Pronunciador, con enojo fingido—. No en la cama.

El siervo asintió y sonrió complacido. En los escasos momentos de dulzura de su señor, la belleza arrebatadora del fuego se vislumbraba en su rostro. Era imposible resistirse a él en esos instantes. Entonces volvió a besarlo. Sin embargo, aquel beso fue distinto a los anteriores. Como un manjar que se ha quedado tibio.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy preocupado por ti.

—Habla, *eveth*.

El ayudante, que no pasaba de ser un joven lampiño de cuerpo enjuto, se humedeció los labios, tratando de encontrar las palabras correctas. Esta vez sí se cubrió con la ropa de cama.

—Ya sabes que en palacio los rumores viajan rápido. No sé cómo decirte esto, pero sospecho que el resto de Pronunciadores han estado ocultándote un secreto.

Una sombra larga y oscura reptó por el suelo de la alcoba hasta instalarse en el mismo espinazo de Teyacui.

—¿Qué sabes? ¡Habla de una vez!

—En las cocinas se comenta que una comitiva está casi lista para partir. Han estado todo el día atareados, cargando provisiones, pellejos de agua y barriles de licor.

—¿Con qué rumbo?

—Las montañas, cerca de la Cueva de la Luna.

Teyacui se irguió al escuchar aquel nombre. Su *eveth* vio cómo el brillo de las llamas se reflejaba en sus ojos; un rubí afilado en la mirada.

—¿Por qué? La gruta se exploró palmo a palmo. — Señaló la mesa de caoba donde se apilaban las traducciones que Teyacui realizaba cada noche—. Nunca se encontraron más documentos que estos. No tiene sentido regresar allí.

—Creo que mencionaron un lugar diferente. Un hallazgo nuevo. —El joven continuó su explicación con una disculpa—. Me pareció muy indiscreto seguir escuchando a los ayudantes de otro Pronunciador...

Teyacui levantó la mano para pedir silencio con un gesto imperativo.

—¿Y has podido saber cuándo partirá la expedición?

Si el resto de Grandes Maestros tramaba algo, él debía disponer de toda la información para reaccionar con determinación.

—Sí, amo. Parten mañana, en cuanto tengan el beneplácito de la Asamblea... Por eso mi insinuación de que era un secreto. Sin duda quieren aprovechar tus ausencias.

—Entiendo —dijo, absorto. Y no volvió a decir nada más.

Los pensamientos se le desbordaban. Los ojos daban inquietos, como las lenguas infatigables de una hoguera, mientras Teyacui sopesaba todas las posibilidades. Quizá su *eveth* tuviera razón. Esperaban sorprenderlo a contrapié y dejarlo fuera de las traducciones. Lo que equivalía, de una manera discreta, a frenar su aprendizaje. A limitar su poder.

Desde luego, no iba a permitirlo.



Tras el desayuno, Maczil acompañó a los Grandes Maestros a la sala oval. Marchaban por los pasillos, con el paso lento que imponía el trono flotante de Yaztal, y charlaban de manera distendida sobre los quehaceres y las disputas que debían afrontar.

Cuando entraron en la sala, Maczil pudo saber que alguien más los esperaba allí. En el trono negro, despierto y bien aseado, aguardaba Teyacui.

—Buenos días, *Ghador Môrés* —dijo en voz alta, sin mirar a ninguno en particular—. ¿Empiezan ya con la Asamblea?

El estupor se fue instalando en el rostro de los Pronunciadores. Maczil incluso tuvo la sensación de que la sala oval se tornaba más inhóspita.

—Una expedición partirá esta misma mañana rumbo a las montañas orientales —explicó Teyacui con lentitud—. Solo quería despedirme de esta venerable Asamblea, puesto que he ordenado algunos cambios en el último momento, y seré yo mismo quien la dirija. Adiós, Pronunciadores. —Se volvió hacia ella—. Adiós, *immêi*. Así ha de ser.

Maczil tragó saliva, sin saber muy bien qué decir. Teyacui, era evidente, había mordido el anzuelo que ella misma le había tendido. Sin embargo, no era capaz de distinguir si se alegraba de separarlo de aquello que lo estaba corrompiendo o si se retorecía por dentro, rebotante de culpabilidad y engaño.

—Así ha de ser —consiguió balbucear.

Teyacui salió de la sala a grandes trancos. La estancia se inundó de un silencio incómodo, apenas quebrado por la severa respiración de Yaztal.

«Que Agavhé te proteja, hijo mío», pensó Maczil. A continuación cerró los ojos, con la extraña sensación de que recordaría aquel día para siempre.



Maczil recorría con pasos lentos un pasillo iluminado por la escasa luz del candil que llevaba consigo. Cargaba una cesta de cáñamo llena de papiros de aspecto gastado. Yaztal se había encargado de conseguir las falsificaciones, ella tan solo debía entrar en el despacho de su hijo para sustituir los originales.

Se detuvo frente al estudio de Teyacui, incapaz de atreverse a cruzar el umbral. El peso invisible de los remordimientos le lastraba el gesto. Había conspirado

para engañar a su *iêred* y alejarlo de un poder que se había ganado con habilidad y tesón, para enredar entre sus cosas y falsear su bien máspreciado. Si daba un paso más, la traición estaría completa. Maczil bajó la mirada hacia los rollos de papel ajado. Se imaginó colocándolos en silencio, y el pecho se le inundó de alivio. ¿Acaso no era ese conocimiento, esa obsesión de su hijo, lo que lo había alejado poco a poco del cariño y el respeto hacia su *immêi*? Ella siempre había estado allí para él, convencida de que lograría grandes hazañas. Ahora solo estaba cumpliendo su deber como madre. ¿Era así? ¿O tan solo buscaba una excusa para mantenerlo a su lado, para que regresara a la senda que ella le había marcado?

«Es por un bien mayor», se recordó Maczil. «Así ha de ser». Finalmente, se adentró en la habitación para enfrentarse a la misma oscuridad donde su hijo se había consumido inmerso en traducciones.

El estudio era un amasijo de tinieblas y sombras alargadas que se retorcían a la luz del candil. Buscó los textos de los Antiguos en el escritorio. Abrió los cajones para revisar el falso fondo donde su hijo ocultaba pequeños secretos de miradas indiscretas. Revolvió por las estanterías, incluso se aseguró de que el diván no estuviera abierto por debajo para esconder los documentos.

Nada. Y eso solo podía significar una cosa: su hijo se había llevado los documentos consigo. Tal era la obsesión de Teyacui.

Maczil sintió un nudo en la boca del estómago. La luz trémula del candil hacía que las sombras bailaran a su alrededor, cada vez más burlonas y atrevidas. La inundaban de pensamientos, negros como las aguas de un pozo. Sopló con fuerza la llama para librarse de aquellos susurros desafiantes y la estancia se sumió en la oscuridad.

Las sombras habían desaparecido. Entonces, a solas y a ciegas, rompió a llorar.



La montaña los recibió extendiendo ante ellos un sendero insolente plagado de pedruscos. La carreta se bamboleaba a un lado y a otro. Una sacudida, otra peor después. Teyacui se agarraba con fuerza a la aljaba que llevaba cruzada en el pecho. Y en ella, valiosos como láminas de oro, los Textos Antiguos junto con sus traducciones.

—¡Tened más cuidado! —ordenó con un grito.

El conductor asintió. Un poco más tarde, aprovechando un respiro donde el camino se tornaba algo más llano, se volvió para indicar:

—No puede quedar mucho, Gran Maestro.

Ni el sol abrasador de las cumbres ni el cansancio del viaje tuvieron importancia cuando alcanzaron su destino. Teyacui contempló la entrada recién descubierta. En sus ensoñaciones la había bautizado como la Gruta del Saber Oculto. La cueva de Teyacui. Su cueva. Colmaba cartapacios a manos llenas, cantidades ingentes de saber que escondían en sus entrañas el poder de la Lengua Pura. El poder que él estaba a punto de poseer.

Tomó aire y avanzó. Los soldados lo seguían, titubeantes al principio, hasta que la vista se acostumbró a la negrura. Enseguida musitó unas *simanas*, y las antorchas que portaban los hombres-de-piedra-y-metal se encendieron con un siseo cálido. Por un momento se sintió como Agavhé, quien había ordenado una lluvia de fuego para librarse de los gigantes Khinaamêtzin que poblaban la tierra antes que los hombres.

Recorrió las profundidades de aquella cueva, explorando cada recoveco. Era incansable en su búsqueda, como un coyote hambriento que sabe que ha arrinconado a la presa. Al fin, cuando Agavhé se rendía al ocaso, él lo hizo también. A su alrededor, los escoltas permanecieron callados, sin atreverse a romper un silencio que más parecía un luto.

Teyacui permaneció largo tiempo distraído, pensativo. La luz de las antorchas había menguado hasta ser apenas un suspiro rojizo cuando murmuró:

—Vayámonos de aquí... —Levantó la cabeza, con la decepción desbocada en el rostro, y observó, uno a uno, a los cuatro soldados. Casi con los dientes apretados dijo—: Alguien va a pagar por esta absoluta pérdida de tiempo.



La carreta de Teyacui se acercó hasta las puertas de palacio. Nadie lo acompañaba, ¿para qué devolver unos cuerpos calcinados a casa?

En la oscuridad de una noche sin luna, dos mujeres-de-metal-y-piedra, apenas iluminadas por un par de teas, hacían guardia. Al verlo llegar, dispusieron con rapidez los bastones y las esferas de acero.

—Identifícate o retírate —advirtió una de ellas.

Teyacui no respondió. En su lugar se frotó las manos y los antebrazos, impregnados de aceite.

—¡Identifícate o retírate! —reiteró la otra, como un eco. Amenazantes, dividieron sus esferas en esquirlas metálicas que flotaban sobre las palmas de sus manos.

—¿Acaso no reconocéis a vuestro amo? Respetad.

Desde el engaño de la cueva, había anidado en él una ira creciente. Una rabia que no podía, que no quería contener. Alzó los brazos en dirección a las antorchas para absorber su calor y comenzó a recitar unas *simanas*. Las guardias, asustadas, le lanzaron los proyectiles que tenían preparados, así que Teyacui se vio forzado a interrumpir su salmo por un instante.

—*Khatsár mathéj* —musitó.

Las esquirlas se detuvieron en el aire, ante la estupefacción de las custodias del palacio, y después cayeron al suelo con un suave tintineo. Entonces liberó el calor acumulado sobre las mujeres-de-piedra-y-metal. Las centinelas prendieron como paja seca y empezaron a aullar de dolor. Al momento, Teyacui pronunció otras palabras, cargadas de musicalidad, y silenció por completo el lugar. Las mujeres agonizaban, pero nadie podía oírlas.



—¡*Ghador Môrés!* ¡He regresado!

Teyacui exigía desde el patio una recepción inmediata. Siete Pronunciadores acudieron a su llamada, deteniéndose junto a los olivos que flanqueaban las escaleras de acceso al palacio. Al fin apareció el trono de Yztaal, flotando a la altura de las ramas más bajas.

Teyacui se dirigió, con pasos felinos, hacia un recodo del camino principal, bien iluminado por pebeteros desde ambos costados.

—He regresado a casa, sí. ¡Con las manos vacías! Víctima de un engaño urdido por vosotros. ¿No es así, *immêi*? ¿Cómo pudiste manipularme de este modo!? A mí, ¡a tu propia sangre!

Maczil observó a su hijo sin saber qué decir. Debatiéndose entre la lástima, la decepción y el recelo que merecían aquellas amenazas. Yztaal encontró palabras antes que ella, y habló con una serenidad de la que Maczil no hubiera sido capaz.

—No culpes a tu madre por tus fracasos y frustraciones. Fuiste tú y solo tú el que decidió marcharse sin consultarlo con la Asamblea.

—Lengua viperina... —dijo él entre dientes—. ¡Silencio!

Teyacui, de súbito, absorbió calor de los pebeteros y lo dirigió hacia la Gran Maestra del Firmamento. Semeel y sus acólitos, raudos, tomaron prestada madera del

olivo para crear un escudo que defendiera a Yztaal. La barrera, aunque quedó calcinada, detuvo las llamas.

Yztaal, como respuesta, aprisionó a Teyacui con su *simán*. La fuerza de los astros lo presionaba contra el suelo, asfixiándolo poco a poco, momento que el Gran Maestro del Metal aprovechó para dividir en esquirlas su esfera de acero y agujionarlo con ellas. Cien heridas en la espalda como cien latigazos.

—¡Ríndete! —pidió Yztaal, casi con un ruego. Siempre había sido partidaria de dar la oportunidad de resarcirse a los Pronunciadores—. Ya has hecho suficiente daño. Abandona esta locura.

Teyacui, aplastado contra el suelo, enseñó los dientes y rio. La *Ghador Môrar* del Firmamento aumentó la presión.

—No merece redención —sentenció Cipac, el Gran Maestro de la Luz, dirigiendo la mirada blanca hacia el cielo—. Dadle fin. Así ha de ser.

Al oír esas palabras, Maczil corrió hacia Yztaal.

—¡Ten piedad! No puede respirar... ¡Libéralo, por favor! Una risotada llenó el patio.

—No seas ridícula, *immêi* —espetó Teyacui desde el suelo. El aire escapaba de sus pulmones con un siseo—. No clames por mí, soy más poderoso de lo que crees. ¡Los débiles sois vosotros! ¡Limitados por creencias y normas estúpidas!

Ante la estupefacción de los presentes, masculló un salmo hasta entonces ignoto. El trono flotante de la Gran Maestra del Firmamento prendió al instante, convirtiendo la madera y a la propia Yztaal en una pira. Maczil exhaló un grito al quemarse las manos con la inmensa llamarada, y lo que había sido Yztaal cayó al suelo, calcinada.

El Pronunciador del Fuego se levantó, sanguinolento y desafiante. El Gran Maestro del Metal arrojó una nueva lluvia de esquirlas que, con un susurro y un gesto repentino de Teyacui, se desviaron para clavarse en los muros del palacio.

—Es inútil —dijo, henchido de orgullo—, domino todas las *simanas*. Han sido años de esfuerzo, traducción y estudio. ¡Ahora, rendíos ante el Alto y Puro!

Los Pronunciadores restantes dieron un paso atrás al tiempo que Teyacui avanzaba, fiero, hacia ellos. Todos excepto Cipac, que bien por anciano, bien por invidente, se mantuvo firme. Teyacui se aproximó y agarró por el cuello al Gran Maestro de la Luz.

—No necesito usar la *Lassorá iet Haorej* contigo, viejo decrepito. —Comenzó a asfixiarlo. El anciano forcejeó y

arañó las manos del joven, que lo levantó ligeramente del suelo—. Yo seré quien te dé fin, Cipac. Así ha de ser. Cuando ya languidecía, apenas sin fuerzas, el anciano sonrió. Bastó con una palabra:

—¡Haor!

Un destello de luz cegó a Teyacui. Se cubrió los ojos con las manos, liberando a Cipac. Semeel le pidió al olivo que acuchillara al Pronunciador del Fuego una, dos, tres veces. El Gran Maestro del Metal atravesó al joven de lado a lado con las esquiras. Con la expresión desencajada, Teyacui se desplomó sobre sus rodillas. Vomitó rojo. Se agarró el vientre sanguinolento. Miró a su madre y suplicó.

—*Immêi*, por favor. Ayúdame... *Immêi*...

Maczil dio un paso tembloroso y dubitativo hacia su hijo. ¿Por qué debían cargar con tanto dolor? Los pensamientos se le enredaban con cada zancada, lenta y cargada de culpa. ¿Por qué había de ser así?

Entonces, el *eveth* de Teyacui bajó las escaleras de palacio y corrió hacia su amo. Entre lágrimas lo abrazó y le besó la frente.

—No puedes irte así. No, por favor. —Le dirigió a Maczil una mirada anegada por el dolor—. Por favor, salvadlo. Usad mi carne. Seré su *neshmáneth*, pero no dejéis que muera, os lo suplico...

Los ruegos del *eveth* se mezclaron con los gemidos de su hijo, que se desangraba entre los brazos de su amante. Maczil, aún con la maraña de sentimientos y pensamientos encontrados, aferró las manos de ambos. Las lágrimas le surcaban las mejillas.

—Maczil, detente —gritó Cipac—. No puedes salvar a este monstruo. Ya no.

Tomó aire en busca de serenidad, pero no la encontró.

—¡Silencio! ¡Por piedad! —La voz era un puro lamento—. Monstruo o no, este es mi hijo.

Apretó las manos con más fuerza.

—Te quiero, *iêred* —dijo acariciando la preciosa cara de su hijo—. Como Agavhé protege a sus hijos de las tinieblas, así yo te adoro. Lo que has hecho, lo juro, no cambia mi amor por ti.

Teyacui trató de responder, pero la voz se le apagaba como los rescoldos tibios de una hoguera. Por fin, la Gran Maestra de la Carne comenzó su canto. Un canto que consumió un cuerpo, mas no sanó a nadie. Un canto que convirtió a Teyacui en un esqueleto descarnado.

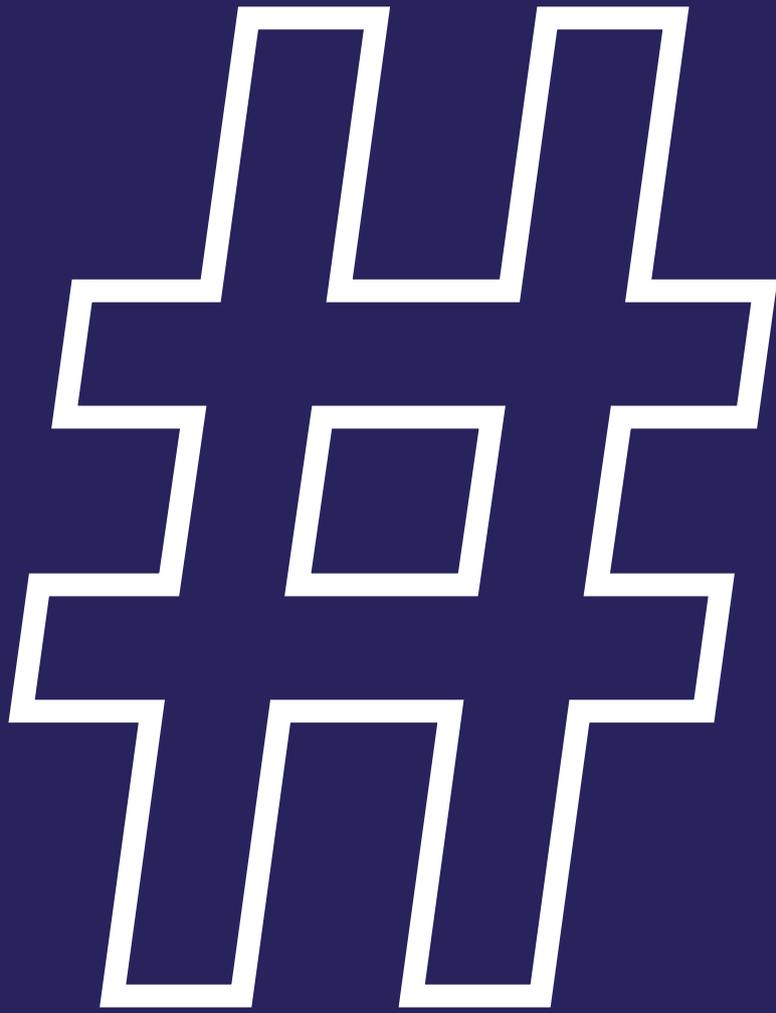
—Descansa ahora, mi hijo. Así ha de ser.

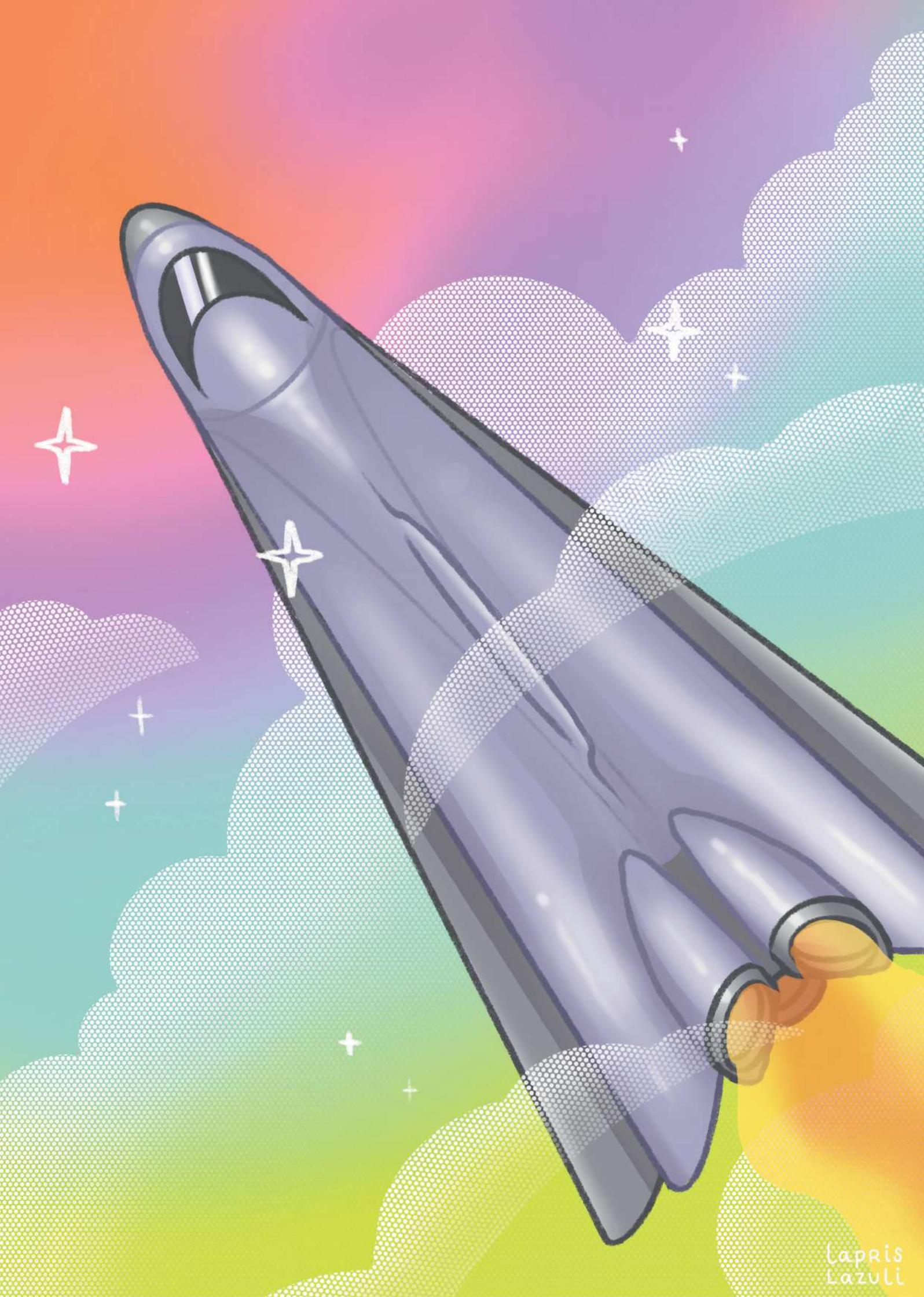


ENTREVISTA PRISMA

ENTREVISTA

A LA NAVE INVISIBLE





Lapris
Lazuli

Desde PRISMA continuamos, como hicimos en nuestro número cero, con esta sección enfocada en dar a conocer proyectos, entidades y agentes que consideramos tienen un papel fundamental para el ecosistema de la ciencia ficción, fantasía y terror en los países de habla hispana.

Como ya sabéis, nos encanta la misma idea de crear comunidad, y por eso mismo estamos tan contentos de presentar a las invitadas de este número de Prisma: la tripulación de **La Nave Invisible**.

La Nave Invisible es un proyecto comunitario y comunal, hecho desde y para la comunidad, pero con unas características muy especiales que refuerzan el papel de la mujer escritora en el sector de la ciencia ficción, fantasía y terror, que busca desmontar los techos de cristal que aún están más que presentes en el día a día de muchas cabezas editoriales. En la redacción somos tremendamente fans de un proyecto como este que ha nacido de forma espontánea desde la base de lectores y personas

comprometidas para desmontar mitos y estereotipos que, sin embargo, siguen golpeando a las mujeres escritoras y a grupos atacados diariamente como son las personas no binarias. Por eso, este primer número queríamos subir el volumen sobre este trabajo enorme que hacen diariamente decenas de voluntarios/as/es.

Decidnos, ¿qué es lo que hacéis en La Nave Invisible? ¿Qué podéis contarnos del proyecto? ¿Cómo y cuándo nació?

El proyecto nació en abril de 2016. Era el Día del Libro y veníamos de varios debates sobre la presencia de mujeres en la literatura de género. En ese contexto, una editorial que tenía un catálogo con bastantes mujeres, al contrario que muchísimas otras por entonces, comentó que publicarlas era más arriesgado para una editorial porque vendían menos. Como lectoras, esto nos chocó mucho, porque no mirábamos el género del autor a la hora de leer una obra, pero también nos hizo reflexionar: muchas de nosotras leíamos mayoritariamente a hombres y no habíamos leído obras clásicas del fantástico escritas por mujeres (en esa época ni siquiera se hablaba de autores no binaries).

Con todo esto, nuestra decisión fue clara: teníamos

que hacer algo. Algo como lectoras. E ir más allá de un blog de reseñas, que ya estaban de capa caída con booktube y bookstagram en apogeo. A través del #ProyectoEscritoras, nos unimos varias mujeres de toda España y creamos La Nave Invisible, un espacio para visibilizar autoras de género fantástico con una perspectiva interseccional y transinclusiva. Hacemos reseñas, sí, pero también artículos de investigación y opinión, entrevistas, recomendaciones, eventos presenciales, podcast, y tenemos una biblioteca de bibliografías que no para de crecer.

Desde nuestra Editorial, somos personas que creemos sinceramente en la comunidad. Pensamos que un grupo de personas, aunque sea pequeño, puede ejercer sobre el conjunto un gran cambio. Así nació el proyecto Marli Brosgen, y por eso nos llama mucho el concepto de la Nave Invisible. Una comunidad en la que la individualidad no tiene relevancia, por-

que se trabaja para conseguir un objetivo muy necesario: visibilización para el trabajo de las mujeres y les no-binaries en

¿POR QUÉ CUANDO UN HOMBRE ESCRIBE UN ROMANCE ES UN GRAN AUTOR Y CUANDO UNA MUJER RELATA UNA LUCHA SANGRIENTA, SE LE DICE QUE ESCRIBE COMO UN HOMBRE? TODAVÍA HAY MUCHOS MITOS ALREDEDOR DE LA LITERATURA EN ESTE ASPECTO.

un mundo tan masculinizado como el del fantástico y la ciencia ficción. ¿Cómo llegasteis a la metáfora de la Nave que no puede verse, pero en la que todos reman en la misma dirección?

La elección del nombre fue bastante movidita. Teníamos muchas propuestas, pero la mayoría venían encabezadas por la mención de una autora o una de sus obras. Después de una profunda reflexión, llegamos a la conclusión de que de esa manera caeríamos en una trampa: estaríamos visibilizando a alguien por encima del resto, y eso iba en contra de nuestra propia estructura: colaborativa y horizontal. Así que buscamos un nombre más neutro, genérico y que nos englobaba a todas. Y así llegamos a la metáfora de la Nave, un barco mágico, un transporte espacial, un escenario terrorífico: podía ser parte de todos los géneros que tocábamos y en ella podía caber todo el mundo que quisiera hablar de mujeres y personas no binarias que escriben fantasía, ciencia ficción o terror.

Hay aún quien sostiene que una mujer escritora vende menos en nuestro sector. ¿Qué tenéis que aportar contra esta premisa que parece más sacada del siglo XIX que de editores del siglo XXI?

Pues que quizá los editores y lectores del siglo XXI siguen un poco anclados en el siglo XIX, porque se sigue publicando a menos mujeres, aunque la brecha es menor que hace unos años, y si vemos las listas de más vendidos en género fantástico, las mujeres no tienen un 50% de las ventas.

El año pasado se publicó un artículo en The Guardian que afirmaba que solo el 19% de los lectores de las 10 mujeres más vendidas de Reino Unido eran hombres. En estos años nos hemos encontrado muchos comentarios de hombres (y también de mujeres) diciendo que no leen autoras porque son más cursis o siempre escriben romance. Esto es un prejuicio misógino de quien ha leído más bien poco, puesto que hay autoras de todo tipo, a las que les interesan temas de lo más variados. Y, cuando escriben romance, ¿qué tiene de malo? ¿Por qué los sentimientos se valoran como algo negativo mientras se ensalza la violencia? ¿Por qué cuando un hombre escribe un romance es un gran autor y cuando una mujer relata una lucha sangrienta, se le dice que escribe como un hombre? Todavía hay muchos mitos alrededor de la literatura en este aspecto. Hace falta reflexionar con perspectiva de género para darse cuenta de todas las leyendas que, sin darnos cuenta, hemos dado por buenas con el tiempo, empezando con quitarnos esa falsedad de que los hombres escriben literatura universal y las mujeres, literatura para mujeres.

Sin embargo, esta creencia sigue bastante extendida. Y creemos que esa es una de las principales razones por las que las mujeres, salvo contadas excepciones, son menos leídas. Y, si se leen menos, se editan menos, leyes de mercado. O se invierte menos dinero en ellas, por ejemplo en promoción, como apunta un estudio que se puede leer en el blog de Crononauta. Y si se habla menos de ellas, se conocen menos y se venden menos.

Hay quien piensa que ahora las mujeres venden más porque se están publicando muchas novelas cortas, pero la realidad es que eso no se traslada a novelas largas, que sigue siendo lo que más vende. Y pagar adelantados sin hacer promoción tampoco sirve de mucho si no hay un trabajo de visibilización detrás. Las escritoras queremos ser leídas y tener un trato justo, no seguir precarizadas y que se pongan medallas a nuestra costa.

¿Qué os parece el actual estado del ecosistema de lo fantástico en España? ¿Por qué nos cuesta tanto trabajar, a editoriales y otros agentes

“profesionalizados” de la parte industrial, para hacer algo conjunto?

No conocemos muchos casos de colaboración entre editoriales. Los más recientes han sido los casos de *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, editado por Dos Bigotes y Editorial Barrett, y *Duna*, editado por Raig Verd y Mai Més en catalán. Suponemos que estos casos tienen que ver cómo trabajan las agencias que tienen los derechos de las obras.

Es posible que también haya una visión bastante individualista, y esto se extiende también a eventos o ferias. Todo el mundo es competencia. Por eso también es muy difusa la información que se da desde dentro: tiradas de los libros, cifras de ventas, incluso se habla de reediciones al referirse a reimpressiones. Nadie quiere compartir sus secretos.

Esta es nuestra percepción del panorama editorial en general, no solo del fantástico. Pero en el fantástico es aún más triste: el tejido editorial está formado por dos grandes grupos con un par de sellos y decenas de editoriales independientes, algunas microeditoriales, y ya no es que no colaboren, sino que además parece que se ponen palos en las ruedas unas a otras. Hay demasiados cursos sobre cómo ser escritor y triunfar y pocos sobre cómo montar una editorial rentable de manera profesional.

Hay excepciones, por supuesto, como las que hemos mencionado antes. Y hemos visto eventos conjuntos de Dorna, Hela y Freya, o de Cerbero y Fosca Networks, o a Crononauta compartiendo caseta con Triskel o Duermevela, o a ContraEscritura vender libros de Orciny. Y agrupaciones de autores autopublicados como NEUH. Puede haber apoyo y proyectos conjuntos, solo hay que querer. Como decía Ursula K. Le Guin, hay que ir más allá del capitalismo, pero no solo en la ficción.

Lleváis ya cinco años de andadura ¿Habéis visto cambios en el sector editorial en este tiempo? ¿Cómo recibe el público vuestra labor y reseñas?

Como hemos dicho antes, creemos que se publica a más mujeres y personas no binarias. Aunque muchas editoriales siguen siendo reticentes a usar los pronombres con los que cada cual se autodefine, ya hay unas cuantas que los usan abiertamente y que publican obras traducidas u originales en español que utilizan un lenguaje no binario directo. Cuando empezamos, todo esto pertenecía a una esfera muy lejana. Sin embargo, una parte del sector, igual que nosotras, ha ido creciendo y deconstruyéndose más. Todavía falta mucho

trabajo, sobre todo para no volver a un estado anterior, y para recuperar muchas obras que siguen descatalogadas, pero nos gusta ser optimistas. Sabemos que hay mucha gente trabajando en esta dirección.

En cuanto a cómo se recibe nuestro trabajo, bueno, tenemos cuatro Premios Ignotus, creemos que eso habla por sí solo. De vez en cuando nos llega algún comentario que ha viajado desde el Pleistoceno, pero son anecdóticos: en general estamos rodeadas de una comunidad increíble y cercana que no solo agradece y aprovecha lo que hacemos, sino que además colabora con ello. La Nave es un proyecto abierto que hacemos entre todas, no solo el equipo fijo que hay detrás.

El COVID ha cambiado las reglas de parte del proceso editorial, ¿creéis que la pandemia ha modificado en algo la percepción del fantástico, y de las llamadas “minorías” dentro del fandom, o ha, incluso, profundizado en las diferencias y prejuicios que ya existían? ¿Somos más inclusivos?

El cambio en la percepción del fantástico, si es que puede llamarse así, ya venía de antes. La proliferación de adaptaciones, así como el estudio desde algunas universidades, han hecho que el fantástico sea más mainstream por una parte, y más respetado por otra. Pero el fantástico es muy amplio. Las series de éxito han sido Juego de Tronos, The Expanse, The Witcher o El cuento de la criada, mientras que por el lado académico se acercan más a obras que se aproximan al terror, a lo cotidiano. Digamos que están en extremos opuestos y en medio hay todo un abanico de posibilidades que sigue estando muy invisibilizado.

Del mismo modo, el trabajo de interseccionalidad e inclusión de minorías se habría seguido haciendo. Esta ola feminista que estamos viviendo no nació con la pandemia.

En lo que sí ha afectado el COVID es en las arcas de muchas editoriales. Algunas, como Triskel, tuvieron que cerrar. Muchos autores tuvieron que retrasar sus publicaciones. Sin embargo, han surgido editoriales

nuevas y mucha gente ha aprovechado para escribir. Las crisis tienen esa doble cara. Lo que más nos preocupa es que se pierda la cercanía con las librerías y esa exigencia de inmediatez que ha favorecido el hecho de estar tanto tiempo en casa. El capitalismo también se ha aprovechado mucho de la crisis y hace falta una reflexión de la sociedad para no perder (aún más) su humanidad.

¿Cuáles son vuestros objetivos en 5 años? ¿Cuáles serán las próximas paradas de vuestra nave?

Cuando arrancamos el proyecto teníamos la meta de conseguir que se leyese en igualdad de condiciones a hombres y a mujeres. Los datos nos dicen que en este tiempo la situación ha cambiado un poco; pero ni

de lejos lo suficiente. No hemos cambiado nuestros objetivos en estos p a s a - dos cinco años, que seguirán

QUEREMOS SEGUIR HACIENDO LO QUE HEMOS ESTADO HACIENDO HASTA AHORA: HABLAR DE ESCRITORAS, GUIONISTAS, DIBUJANTES Y DE SUS OBRAS, TODO LO QUE PODAMOS.

siendo los mismos para los próximos cinco: nuestra meta es seguir adelante con la visibilización de las escritoras y sus obras, derribando los prejuicios que caen sobre ellas y mostrándolas al mundo.

Queremos seguir haciendo lo que hemos estado haciendo hasta ahora: hablar de escritoras, guionistas, dibujantes y de sus obras, todo lo que podamos. Seguiremos trabajando en esta línea, manteniendo la web, con las entrevistas, artículos, reseñas o base bibliográfica; y las redes sociales. Queremos retomar los eventos presenciales ahora que la pandemia nos está dando un pequeño descanso y buscaremos maneras de conectar con los lectores de manera más directa. Pero el objetivo es el mismo: conseguir que más gente lea a escritoras.

En PRISMA y nuestra editorial consideramos que el género fantástico es primordial para proteger y dotar de un lugar de crecimiento seguro a miles de jóvenes, ¿qué mensaje les daríais a esos jóvenes que están creciendo rodeadas de tanto ruido y odio en redes sociales?

Que no tengan miedo a darle al botón de bloquear. El odio no solo está en redes sociales, está en la calle.

La gente tiende a separar las redes sociales del mundo real, pero creemos que eso es un engaño. No hay dos mundos. Lo que ocurre en un lado tiene efecto en el otro. Lo que aparece en las noticias, las conversaciones en un bar o en una cena navideña no difieren tanto de las redes sociales. Sí, se magnifica todo, pero porque hay más alcance.

El problema que tienen los jóvenes con el uso de las redes sociales es que sus mayores no saben usarlas. No han crecido con ellas y no quieren acercarse, y eso implica que no pueden enseñar a sus hijos. Siempre es más fácil atacar que protegerse y, al funcionar a gran escala, los ataques pueden ser mucho más duros. Conocemos varias autoras y mujeres en general que han tenido que cerrarse alguna de sus redes por acoso.

Así que nuestro consejo para esos jóvenes es que busquen ayuda, aprendan a ser críticas, a detectar falacias; que no miren las cuentas, que pueden estar infladas de bots; que no se escuden en el anonimato; que hackeen los algoritmos y se fijen en los blogs, webs y artículos, que ahí sí hay gente de bien haciendo un trabajo y dando la cara.

Y, sobre todo, que busquen su comunidad. Hay gente estupenda en redes sociales. La Nave Invisible nació en una y sigue viva en gran parte gracias a ella.



PRÓXIMA ENTREGA

**¿Quieres escribir en la revista?
¡Te esperamos!**

**Permanece atento a nuestras
redes sociales para la apertura de la
recepción de manuscritos.**

Estamos deseando descubrirte.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIRNOS EN REDES SOCIALES!